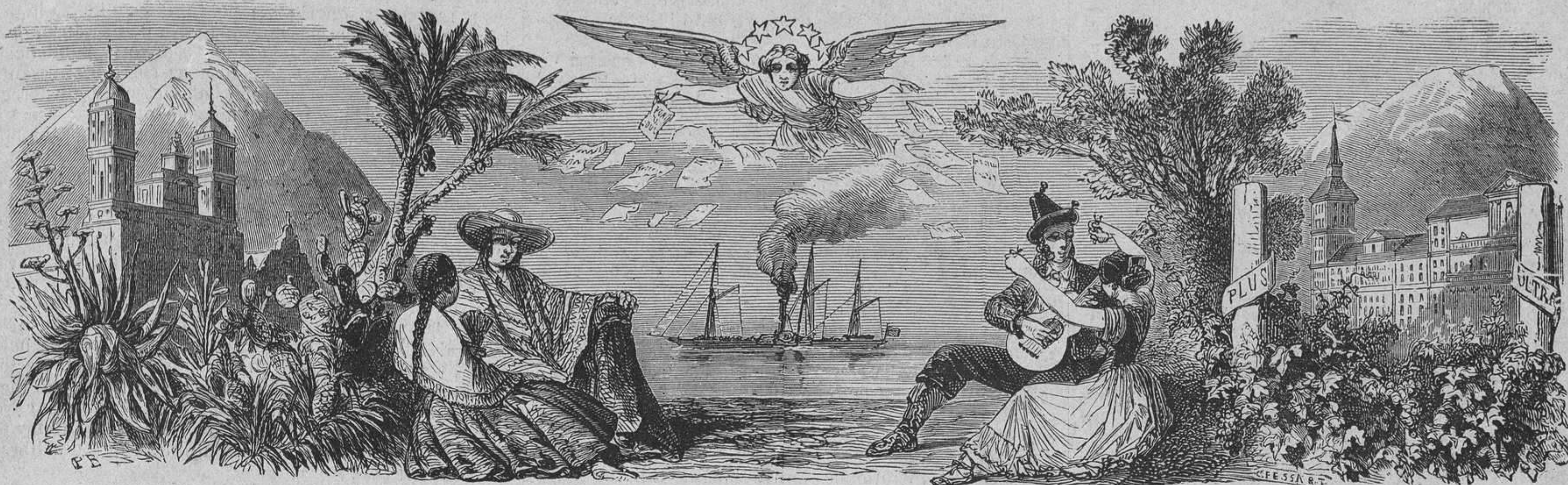


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — TOMO XXIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 748.

SUMARIO.

Mim-Bu-Tayou, hermano del taicun del Japon, y los principales personajes de su comitiva; grabado. — La hija del

comerciante. — Exposicion universal de 1867; grabados. — Revista de Paris. — Poesia: Los tres elementos. — La música entre los árabes españoles. — Caricaturas sobre la Exposicion universal, por Bertall; grabados. — La causa de los

fenianos; grabado. — Viaje al polo boreal. — El aviso francés el « Renard »; grabado. — Las ruinas de Sebastopol; grabados. — Los dos penados. — Problemas de ajedrez; grabado. — Goya; grabado.



Mim-Bu-Tayou, hermano del taicun del Japon, y los principales personajes de su comitiva.

La hija del comerciante.

(Continuación.)

— No creo, á la verdad, que estén muy sobrados... pagan exactamente... pero no tienen crédito... Es menester hacerles justicia. Bien, que es muy poco lo que gastan, muy poco. Antes media onza de té, de tercera calidad, y una libra de azúcar cada dos días: ahora, cada cuatro días tan solo y de inferior calidad... Pero pagan de contado... y... yo prefiero eso. Por otra parte mi té de inferior calidad vale tanto como el de superior calidad de otras partes: hágame Vd. el favor de juzgarlo por sí mismo.

El hombrecillo saltó en un escabel con una destreza admirable para un cojo, pero natural para un especiero, sacó una cajita vidriada, cuya tapa desapareció al empuje de su índice experimentado, é hizo caer en la concavidad de su mano izquierda una detestable mezcla de hojas de vid y de ciruelas silvestres que simulaban té. Esta calidad superior de té me pareció digna de un privilegio de invención, y dejé al respetable fabricante que lo volviese á poner en la cajita continuando sus comentarios pomposos acerca de las propiedades medicinales de aquella extraña composición.

— Mis precios son tan razonables, prosiguió, que no alcanzo cómo no viene madama Elliott á abastecerse más á menudo en mi tienda: ¡fuerza será que ese matrimonio viva muy económicamente! ¡Muy económicamente, por cierto! A fe mía, continuó, aun no hace media hora que la pobre jóven estaba aquí. Necesitaba un poco de tapiaca y palmito para su marido, y desgraciadamente no tenía ni un grano en mi tienda; tengo mucho despacho, á pesar de ser mi tienda tan pequeña: mis arroces son de una especie en extremo saludable. Voy á enseñarle á Vd. mi arroz de primera calidad.

— Me hará Vd. mucho favor. A propósito, ¿no me dijo Vd. que M. Elliott había dado lecciones de música?

— Sí, toca muy bien la flauta: yo mismo he tenido la condescendencia de recibir las tarjetas cuando se hacía anunciar en los periódicos. Tuve esta condescendencia: era un anuncio para mi casa, añadió el especiero pavoneándose y poniéndose tieso. Solo le he conocido un alumno.

— ¿Y ahora?

— El alumno voló, y la flauta también: era una hermosa flauta negra con llaves de plata. Hay una muy parecida, si no es la misma, en casa de M. Broking, el prestador sobre prendas que vive al volver la esquina, á mano izquierda. Apostaría ciento contra uno que es la misma, por la cual el pobre habrá logrado cinco por ciento tal vez; es un negocio muy malo eso de haber de empeñar sus cosas.

— ¡Oh! tiene Vd. razón, malísimo negocio.

— Por lo demás, prosiguió el parlanchin especiero, la pérdida no era grande; la flauta daña al pecho, como sabe Vd. muy bien, y el jóven no es muy robusto que digamos. La esposa le decía con su voz de miel: « ¡Mi querido Eugenio, no suenes esa maldita flauta! » Madama Elliott tiene la voz de una duquesa ó de una *prima donna* de Drury-Lane. A mí me parece increíble que no tenga coche y caballos; pero nada de eso, porque compra dos cuartos de bramante... y no tiene criada.

La entrada de un nuevo parroquiano ocupó luego toda la atención y embargó la venal urbanidad del viejo especiero, que volvió á sentar sus gafas sobre la curva huesosa de su nariz. Cesó en fin la lluvia, y me despedí de él dándole las gracias por el abrigo que me había ofrecido su tienda. Trascurrió una semana sin saber nada de madama Elliott. Un viernes por la noche, al entrar en casa, encontré sobre mi mesa un billete que había esta escrito muy precipitadamente sobre el dorso de una carta de fecha atrasada, en el que me rogaba hiciese el favor de pasar á su casa, Took's Court, número 4, y que no dijese á su marido que había ido á consultarme otra vez. Al día siguiente les hice mi primera visita. Ocupaba la tienda un mercero; una escalera muy estrecha conducía al segundo piso habitado por M. Elliott: habiendo llegado á la meseta, encontré la puerta abierta, y me paré algunos momentos.

Enfrente de la puerta, delante de una mesa llena de enormes registros verdes con manecillas de cobre, estaba sentado y dormido un hombre todavía jóven; veíase en el suelo la pluma que acababa de escaparse de sus dedos débiles y flacos. Bien se traslucía que esta arma, destinada á combatir la miseria, no le había abandonado hasta el último extremo, y que la fatiga del trabajo se la había arrancado de las manos. Sobre la misma mesa, delante de él, entre dos enormes infolios, jugaba un niño en blusa verde con otra pluma que absorbía toda su atención. El jóven que estaba dormido tendría á lo más treinta años, y una de esas cabezas expresivas cuya belleza física se halla eclipsada por una belleza moral é interior que despierta en su favor el interés, sin que sea fácil explicar la causa. Tenía las mejillas huecas, y por decirlo así, transparentes; su cabello negro, tirado hácia un lado, dejaba ver en todo su desarrollo una frente ancha y elevada; el brazo, que había dejado caer la pluma, tocaba casi el suelo. A pesar del rigor de la estación, no había lumbre en el aposento; M. Elliott (pues no podía ser otro) traía la casaca abotonada hasta la barba para guarecerse del frío. El

apuesto estaba adornado con los solos muebles necesarios, muy limpios y de madera blanca. El ruido que hice al entrar llamó la atención del niño, quien se volvió y despertó á su padre.

— Entre Vd., me dijo medio dormido, no he terminado todavía..., cuesta mucho establecer el saldo de la cuenta... Sin embargo, no he perdido un instante; he trabajado todo el día...

— Soy el doctor W..., le dije interrumpiéndole.

— ¡Ah! perdone Vd., caballero, siéntese Vd., siéntese usted. Mi mujer acaba de salir, y siento infinito que no esté aquí.

— Me hubiera alegrado mucho de verla. Pero mi visita se dirige á Vd. Me han dicho que no disfruta usted cabal salud, y por esto me ofrezco á darle á Vd. todos los consejos y auxilios que puedan proporcionarme mis estudios.

— En efecto, padezco mucho; hace mucho tiempo que me hallo desazonado; pero el cariño de mi mujer exagera sin duda el peligro que corro.

Sus respuestas á mis preguntas fueron expresadas con una precisión, una claridad, una sencillez que donaban talento y valor. Se había declarado tiempo hacía una enfermedad de hígado, y la vida demasiado sedentaria y laboriosa que llevaba no había hecho más que agravarla. Refirióme con todos sus pormenores el accidente de que madama Elliott me había hablado. ¡Ay! el infeliz marchaba con paso rápido hácia la tisis hepática, y aunque el estado de su fortuna debía hacer imposible ó al menos muy difícil la ejecución del consejo que le di, le aconsejé sin embargo la mudanza de clima y los viajes, como único remedio cierto y aplicable en su situación. Entonces entró madama Elliott.

— ¡Viajar por la Italia! exclamó.

Miráronse marido y mujer, y esta se inmutó. Yo estaba leyendo en esta noble mirada toda la amargura de su situación, cuánto padecían uno por otro, todas las angustias que les causaban la cruel necesidad, la enfermedad y la escasez. Lo que más me enternecía era el paciente rubor del marido, que quería aun disfrazar su pobreza; la pobreza, el crimen más enorme entre nosotros. Aquel niño rubio y risueño que fijaba en mí sus grandes ojos negros; aquel niño, único objeto de consuelo y de esperanza, lanzado en una vida lóbrega y sin porvenir; aquellos dos destinos fuera de su lugar, cosa, ¡ay! bastante común en nuestra época; aquella virtud oculta, en la que nadie paraba la atención; aquel desinterés, aquella grandeza de alma más bella y más animosa que la del campo de batalla; aquella tragedia doméstica sin lágrimas, casi sin habla, cuyos actores eran una mujer amante, paciente, suave, un niño que sonreía y un jóven enfermo: aquel orgullo pobre, pero sin ostentación; la muerte que se avanzaba terrible en medio de la indigencia: todo esto formaba un cuadro que hería el alma; escena sosegada, sin alaridos, sin violencias. ¿Cómo hubiera yo tenido valor para aceptar el honorario de mi visita? ¿Pero cómo cabía rehusarlo? Nada más orgulloso que la honradez desgraciada. ¿Debía herir su amor propio rehusándolo? ¿No era doblemente cruel ofender la delicadeza y la susceptibilidad del honor? La víspera anterior, un hombre muy rico del condado de Essex me había casi mendigado la guinea que me debía, dejándola caer en mis manos con más dolor que si hubiese sido una gota de sangre de su corazón. El día anterior, me daba vergüenza por aquel hombre; hoy no sabía cómo negarme á recibir el dinero de Elliott. Felizmente se me acercó el niño jugando: sentéle sobre mis rodillas y puse en su manecita, que cerré después, la brillante guinea con la que se puso á jugar. M. Elliott se inmutó y quiso hablar, y asomó una lágrima en los ojos de su esposa. Partí más prontamente de lo que lo hubiera hecho en otra ocasión, y ella me acompañó con una mirada. ¡Anales de la pobreza, annales del dolor! ¿Quién os escribirá jamás como merecéis ser escritos?

Menudeé las visitas; sin embargo, me costó no poco apartar á M. Elliott y á su esposa de la reserva que se habían impuesto: un trabajo constante, trabajo que no parecía recibir una recompensa equivalente, estaba minando la salud del jóven. ¿Debía ordenarle reposo? Eso era condenarle á la muerte; trabajar ó perecer era para él el dilema de la muerte. A veces veía á madama Elliott ocuparse con un celo y un afán extremados en labores de bordados, demasiado ricos para que ella pudiese destinarlos á su propio uso.

Un día que estaba ocupada en este trabajo, le dije:

— En los primeros años de casados, mi esposa se ocupaba también en esa labor como usted.

Ella levantó la cabeza, soltó la aguja, clavó en mí por algunos momentos una mirada llena de admiración, y en seguida se puso á llorar. No había llegado á tal punto nuestra intimidad que me dejase penetrar las circunstancias de sus desgracias. Solo al cabo de un mes, cuando declinó visiblemente la salud de su marido, obtuve de ella, ó más bien sorprendí los secretos que se verán en la siguiente relación. No los leáis, vosotros que despreciáis los pormenores de la vida privada, los pesares diarios, las pequeñas miserias que son, ¡ay! las grandes miserias de la humanidad.

Las culpas de los padres se descargan sobre el destino de los hijos. Es, si se quiere, una injusticia del destino, pero una injusticia eterna, inevitable. M. Enrique Elliott, coronel de caballería, valiente, distinguido, pero jugador de profesión, se suicidó en 1812, después de haber tenido una pérdida considerable. La sola herencia que recogió su hijo Eugenio Elliott, que estudiaba entonces en el colegio de Cambridge, se componía de deudas enormes y de un nombre deshonorado. Su madre

había muerto en un desvan, seis meses antes del suicidio del padre: Eugenio se asemejaba mucho á su madre, de quien parecía haber heredado toda la delicadeza, toda la resignación, y esa fuerza de alma llena de dulzura que los hombres llaman timidez. A los veinte años tuvo que vender sus libros, renunciar á sus estudios, abandonar á sus discípulos, abdicar sus costumbres, para entrar en clase de escribiente, en la casa de comercio de Federico Hallory y compañía, cerca de Ludgate. Se necesitaron recomendaciones muy poderosas para proporcionarle esa pobre plaza, que no le dejaba en todo el día más que una hora de descanso, destinada á sus comidas. Llevar una vasta correspondencia, con los libros de cuentas; continuas correrías; sesenta guineas al año; una pequeña habitación en un tercer piso de un arrabal; una comida de operario; ningún amigo, pues era pobre; una salud que, siempre débil, se iba menoscabando cada día con la multitud y la fatiga de sus ocupaciones; esa miserable tiranía, que descendiendo de las alturas de la sociedad, aumenta su celeridad y su peso por el número de escalones que recorre; el desden, la indiferencia, el desprecio de todos los empleados de una casa de comercio por el recién llegado, que había sido educado para el mundo, y que venía á ellos con otros hábitos y otras costumbres: tal fué la existencia de M. Elliott durante un año. No se desalentó por eso, y procuró vencer la indiferencia con el trabajo, y el odio con la benevolencia. En efecto, como era más útil que otro en su lugar, se le pagó mejor, bien así como se alimenta mejor al caballo cuyo trabajo da más ganancias al dueño. Su salario aumentó progresivamente, fijándose por último á noventa libras esterlinas al año.

M. Hallory, el dueño de la casa de comercio, no era tan necio que se interesase por nadie: era una de esas notabilidades comerciales para quienes los hombres no son hombres, sino resortes que tratan de poner en movimiento con el menor gasto posible. Así es que no había parado la atención en Eugenio Elliott. El retrato de M. Hallory es el de toda una clase: figuraos un cuerpo enorme, cuadrado por los extremos, redondo y saliente por la cintura, con cabellos crespos y blancos, frente pequeña y redonda; una cabeza huesosa, sobre la cual se leía en grandes caracteres: GANANCIA. No carecía de talento como comerciante; pues sabía esperar, elegir y explotar. Sabía ser insolente en la fortuna, dócil en la adversidad, lisonjero con aquellos á quienes necesitaba, tiránico con los que le necesitaban. Primero corredor, después cajero, su prudencia emprendedora le puso luego fuera de su esfera. Habiendo llegado á hacerse capitalista, casó con la viuda de su amo, la cual le había dejado al morir una hija única muy interesante. Era su intento sacar partido hasta de esta hija única en favor de su orgullo, y casarla con un miembro de la aristocracia que trajese á la familia de los Hallory el mayorazgo de la dignidad de par y el nombre ilustre de los abuelos; y por lo mismo había dado una educación muy esmerada á María.

Un día, este grande hombre, envidiado de todos, se apeaba de su coche delante de la Bolsa, y poniendo el pie en falso, cayó al suelo y recibió una herida grave. Los médicos le condenaron á guardar cama durante más de nueve meses: cruel suplicio para un hombre activo, ardiente, ansioso de curar, incapaz de estudio ó de distracciones, que temía verse aventajar en la senda de la ganancia por sus competidores, y dejar á los empleados de su casa la ocasión de andar flojos en sus deberes, ó la de robarle impunemente. Su hija le servía de enfermera. Elliott, el más activo y laborioso de sus dependientes, recibió el encargo de venir á buscar cada mañana á las ocho instrucciones del amo, de correr sus comisiones en la ciudad, y traerle su *libro de banco*, debidamente envuelto. Era esto doblar la fatiga del jóven sin aumentar su salario. A más de esto, se exponía más de cerca á la iracunda é intolerable aspereza del enfermo, á quien enconaba su situación, y que no veía ningún motivo para no tratar mal á un hombre que dependía de él y que ganaba sus noventa desgraciadas libras esterlinas al año.

Por una extraña casualidad, el jóven y la hija de Hallory se habían conocido en una época en que Eugenio había de ocupar un puesto elevado en la sociedad y en que le esperaban con los brazos abiertos la fortuna y la prosperidad. En algunas fiestas campestres había sido Eugenio uno de los más asiduos compañeros de baile de María. No le recordó el jóven esta circunstancia, pues bien sabía que la fortuna y la pobreza se hallan separadas por una valla que no cabe trasponer, pero María le reconoció. El tono áspero, duro, imperioso, las órdenes irracionales con que abrumaba M. Hallory á su dependiente, despertaron en la jóven una compasión natural. Uno de los mejores sentimientos de que están dotadas las mujeres es este odio vivísimo que sienten contra las iniquidades que el mundo respeta. Aquel pobre dependiente, flaco, pálido, extenuado, en pie delante del gran señor rico, atormentado por sus mil preguntas, blanco de sus insolencias, silencioso bajo el fuego de sus brutalidades, pareció tanto más digno de interés á María, cuanto que había nacido para moverse dentro de una esfera más brillante. Infinitamente superior á su verdugo por la educación y sus prendas morales, tenía la figura más noble, y se armaba de la resignación más heroica: María lo notó.

Como el padre no quería que le sirviese nadie más que su hija, esta estaba siempre allí cuando daba sus órdenes á su dependiente, y el tratamiento que le hacía sufrir lastimaba su corazón. No tenía madre: una anciana tía, encargada en otro tiempo de la dirección de

la casa, estaba paralítica. M. Hallory no solamente se manifestaba duro para con ella, sino también para con todos; y ella conocía que su padre no tenía derecho a su estimación; triste y doloroso instinto del desprecio filial; horrible sentimiento que, privándola de las afecciones legítimas y condenándola al mero deber, aumentaba la ternura natural de un corazón que estaba pidiendo alimento y apoyo. La pobre joven no había leído novelas; iba rara vez al teatro, y no sabía que su corazón se ligaba a otro sin que ella lo echase de ver; que amaba ya a ese dependiente a quien creía compadecer tan solo y apreciar. Con sus sentimientos toscos, su voluntad de hierro y la conciencia de la fuerza brutal que da el dinero, M. Hallory estaba ciego, ni conocía el peligro a que exponía a aquellos jóvenes. Exigía que su hija estuviese allí, siempre allí, para oír las modestas relaciones del dependiente, su voz suave y varonil, las imprecaciones del padre, en fin, para medir la enorme distancia que separaba al uno del otro. Elliott no sospechaba siquiera que María pudiese interesarse por él, y mucho menos amarle. ¡Era él tan pobre, y ella tan rica! Mas una entrevista de dos horas iba acercando a estas dos personas, tan parecidas por el carácter y la educación, como distantes por la fortuna y la suerte, y el padre no había calculado los resultados de semejante intimidad.

Un día Elliott trajo a su amo unas cartas que este le arrancó con violencia de las manos. El joven permaneció en pie en su presencia, como un soldado en su puesto, pálido, fatigado y jadeando.

— Padre mío, dijo María, M. Elliott parece estar incomodado; ¿quiere Vd. que le ofrezca un vaso de vino?

— Sí, dijo maquinalmente Hallory, que devoraba con la vista una carta que le interesaba viva y dolorosamente.

Tratábase del arribo de una grande cantidad de goma arábiga, que destruía un monopolio lucrativo y preparado con mucho gasto de antemano. Dependía de esta circunstancia el ganar o el dejar de ganar unas treinta mil libras esterlinas. El vaso de vino que su hija ofrecía con mano trémula a Eugenio Elliott no le causó la menor distracción. Elliott se inclinó para tomar el vaso, saludando a la joven; y entonces despidieron los ojos azules de María el rayo magnético que decidió de toda su vida, el rayo magnético que fijó sus dos destinos. María inclinó los ojos sobresaltada, y fué a colocarse delante de la ventana dando la espalda a Eugenio. Elliott permaneció embebido en sus reflexiones: la turbación del uno y el pasmo de la otra se ocultaron igualmente a M. Hallory, amenazado en la sangre de sus venas, en la plétora de su caja, en una parte de sus ganancias.

— Tráeme mi atril, María, gritó con voz de trueno; ¡ tráeme mi atril!

— Pero, padre mío, Vd. me ha dicho...

María no sabía lo que decía: del seno de las nubes en que estaba envuelta no había entendido la orden de su padre.

— ¡Eres loca, eres sorda! gritó el viejo Hallory, te digo que quiero mi atril.

Poco se figura él que, durante aquellos cinco minutos en que se había ocupado su espíritu en libras esterlinas, premios y monopolios, había empezado un drama que volcaba todos sus planes. Escribió precipitadamente algunas cartas, acercóse al oído de Elliott, le encargó un gran número de comisiones, que era difícil desempeñar en un solo día, y le empujó por la espalda, encargándole la diligencia y amenazándole con su ira, en caso de olvido o lentitud.

Cuando los médicos dispensaron a M. Hallory de guardar cama, el mal no tenía ya remedio. El profundo interés que le inspiraba la situación del joven había vencido la timidez y el rubor natural de María. A decir la verdad, no fué aquello una intriga amorosa, y no hubo ni seducción de parte de Elliott, ni inclinación anovelada de parte de la joven. Cada día, la misma posición en que entrambos se encontraban, el aislamiento de María, la intimidad a que los exponía la imprudencia de M. Hallory, los hacía mas necesarios uno a otro, y encadenaba misteriosamente sus existencias. Víctimas de la misma aspereza, compañeros en los sufrimientos que impone un carácter imperioso a cuantos lo rodean; cercanos en la iglesia, cuando M. Hallory se retiraba a su campiña de Hampstead, y dejaba a su hija en Londres, encargada de arreglar algunas cuentas y del cuidado de la casa, cedieron insensible e involuntariamente a la fatalidad que los unía. Nació de esta circunstancia uno de esos vínculos enérgicos, indisolubles, que la suerte no puede destruir, y que no han sido creados por la voluntad de los hombres. Un domingo, viendo Eugenio Elliott a miss Hallory salir sola de la iglesia, se acercó a ella, la ofreció el brazo y la acompañó hasta casa de su padre, quien no hay duda que si hubiese visto semejante espectáculo, hubiera hecho estremecer la casa a gritos; y sus corazones, cómplices tremecidos, se comprendieron por fin.

No sin mediar combates, reprensiones interiores, el temor y el arrepentimiento, se entregaron los dos amantes a la fatalidad que los arrastraba. Había mediado ya un año. Hallándose interrumpidas de repente las relaciones entre Eugenio y María por la convalecencia de su padre, la amargura de esta separación precipitó las mutuas confidencias, que hasta entonces habían sido tímidas e incompletas. En fin, antes que M. Hallory sospechase nada, quedó entablada entre los dos jóvenes una correspondencia activa. Un martes por la tarde, el andar de M. Hallory era mas elástico que de ordinario, y veíase en sus labios la mueca de una alegre sonrisa.

Sentóse a la mesa, al lado de su hija, radiante de alegría. De vez en cuando su ojo falso y vizco pestañaba guiñándola con amor. No se ocultaba a María toda esa pantomima, y la explicaba suponiendo alguna feliz especulación, terminada conforme a los deseos del codicioso comerciante. Mas a los postres, cuando iba la joven a retirarse, el padre, que tenía alzado al nivel de sus labios un vaso lleno de vino de Oporto:

— Tengo que darte una famosa noticia, la dijo; ¡muy famosa! Hoy se ha hablado de ti en la Bolsa.

Apuró el vaso de un sorbo, y los labios del dichoso comerciante resonaron, como si el doble sabor del vino y de la noticia de que quería hablar le hubiesen llenado de una alegría indecible.

— ¡Hablar de mí en la Bolsa!... repuso María. ¿Qué tengo que ver yo con la Bolsa, padre mío!

— ¿Qué tengo que ver con la Bolsa? repitió el padre remedando su voz. Ser joven y tomar esposo, creo que es una cosa muy común, muy natural.

— Usted gusta de chancearse, padre mío, exclamó María, la que, sin saber lo que se hacía, llevó un vaso de vino a los labios y lo bebió de un sorbo.

— ¿Chancearme? No, a fe mía. El asunto está muy adelantado para que me divierta en ocultártelo.

— ¡Muy adelantado!

— ¡Oh, sí! adelantado, concluido, terminado. Un negocio es un negocio; una palabra es una palabra, y nadie se desdice de lo que prometió. ¿Eres o no eres mi hija? Hace mucho tiempo que te busco un partido ventajoso. Ya lo encontré: y a fe que es un excelente partido. ¡Serás vizcondesa, María!... Y el día en que vea brillar tus armas en la puertecilla de tu coche, cierro la tienda, me despido del comercio y me pongo a descansar. ¿Qué te parece?

— ¿Qué me parece? repitió maquinalmente la joven, cuyos dedos trémulos jugaban tres minutos hacia con los ángulos de su pañuelo de batista.

Su semblante se había vuelto blanco como la nieve, y todo su cuerpo estaba temblando.

— ¡Y bien! ¡y bien! ¿qué es eso? ¡Tan pálida! ¡tan asustada! ¿De qué tienes miedo? Tal vez habré sido demasiado brusco, como decía tu difunta madre. Te lo habré dicho demasiado redondamente; pero el asunto está concluido, y no hay que desaharlo.

María probó de levantarse de su silla, pero estaba tan débil, que volvió a caer en ella mas pálida que antes. El padre acercó la suya, y pasando una mano debajo de la barba de María, y tomando con la otra sus blancas manos:

— ¡Ah! exclamó, ¡y qué heladas tienes las manos! ¡Vamos, una niña!... ¡María! ¡eso es una tontería! ¡y bien! ¡no respondes!... ¡Vamos, necia! ¿por qué asustarse tanto de una chanza?

— ¡Ah! mi querido padre, ¡con que era una chanza! exclamó la joven poniéndose en pie, y clavando en él una mirada fija y radiante.

Y en seguida, dejándose caer sobre su asiento, se desmayó. Resonó por todos los ángulos de la casa la voz robusta del padre: presentóse a sus gritos un ejército de criados, que trasladaron a la joven a su aposento, y el padre se interesó tanto mas en su salud, cuanto que veía en ella una vizcondesa hecha y derecha. Sin embargo, en su interior miraba todas esas monadas como muy inútiles, y enviaba al diablo todas las muecas de las niñas. ¿Tenía o no derecho de colocar su hija al mayor interés posible? Nunca se había presentado esta cuestión a su pensamiento, y presentársela hubiera equivalido a preguntarle si tenía derecho de girar a la vista contra su banquero de Lombard-street.

María pasó una noche agitada: no se presentó al desayuno, y en la comida apenas probó un bocadillo. Había encontrado medio de escribir a Elliott una carta muy incoherente, pero que contenía con corta diferencia la relación de los sucesos de la víspera. El mal humor del padre, que empezara a despuntar por la mañana, había ido a mas durante el día.

— ¡Ea, vamos! ¿qué significa todo eso? exclamó al fin de los postres: ¿a qué esa turbación? ¿Qué tienes desde ayer?

— Usted sabe, padre mío, respondió temblando, que me dijo Vd. ayer cosas que me han pasmado en gran manera.

— ¡Pasmado! ¡Y qué! ¿No nacen las niñas para casarse? Veamos, conversemos un poco, continuó en tono mas suave, y resuelto a valerse esta vez de una táctica mas cuerda.

— A la verdad me ha pasmado, padre mío, ¡soy tan feliz al lado de usted!...

(Se concluirá.)

Exposicion universal de 1867.

LAS MANUFACTURAS IMPERIALES.

I.

Sèvres.

Las tres manufacturas imperiales, Sèvres, los Gobelinos y Beauvais, se han mostrado, desde el día de la apertura de la Exposición, completas, confiadas, lla-

mando con toda franqueza la admiración o la crítica, y probando con esta puntualidad respetuosa hacia el público, que recuerdan su origen, y practican, al modo del gran soberano que las fundó, esa exactitud que es la urbanidad de todas las majestades, intelectuales o temporales.

Muchas felicitaciones merecen los que no han desesperado de un concurso abierto por la Francia: Sèvres, los Gobelinos, la Imprenta imperial, las grandes platearías parisienses y algunas otras industrias notables, han enarbolado altamente su bandera.

Entremos ahora, y entremos pronto en ese salón que se ve representado en nuestra lámina, sin detenernos en examinar su rica ornamentación, para tratar cuanto antes de las maravillas que contiene.

A consecuencia de la clasificación adoptada y de la disposición del palacio en galerías elípticas, inflexiblemente seccionadas y numeradas, Sèvres no tiene hoy aquella encantada rotonda que ocupaba tan magistralmente en 1855 en los Campos Eliseos. Clasificada esta manufactura en la galería de los muebles, ocupa como los Gobelinos y Beauvais, que están en el mismo grupo, su puesto profesional designado entre los fabricantes de alfarería y los vendedores de platos dorados del Palacio Real. Entremos pues: un paso solamente separa la tienda del templo. Dado este paso, la trasfiguración es completa.

Una luz mate con reflejos de oro y de ópalo cae de la cúpula de muselina; involuntariamente se alzan los ojos, y como una penumbra en una aureola, se destacan en las paredes, las tapicerías de colores severos, otras tantas obras asombrosas.

Miremos ahora. Hé aquí pues todas las formas de vasos, radiantes con todos los colores de la naturaleza y del arte; todas las épocas, todas las nacionalidades de la alfarería, esa industria que, como ha dicho muy bien el inteligente director de Sèvres, es el seguro indicio de la civilización artística de un pueblo, reproducidas, resucitadas, a veces imperfectamente, a veces con una superioridad marcada; la cerámica, que es a la vez arte, ciencia e industria, aquí tradicional e imitadora hasta el servilismo, allí progresiva y osada hasta el capricho, pero siempre inspirada por el doble culto de la elección de modelos y la perfección del ornato, que ha hecho de Sèvres la escuela, el tipo y la desesperación de todas las fabricaciones públicas y privadas del mundo entero.

Escuela hemos dicho, y bien quisiéramos que Sèvres no fuese otra cosa. Desgraciadamente Sèvres tiene dos pretensiones que a sus admiradores parecen funestas, y que necesarias quizá para su organización y sus métodos de perfeccionamiento, mezclan en todas sus expediciones dos elementos, dos sombras que es imposible no señalar de paso. Primeramente el mercantilismo. Sèvres rotula vulgarmente sus productos que se venden como por encanto, y que entregan al comprador, ya después de la Exposición si la pieza es única, ya inmediatamente, si hay repuesto en la manufactura. Este comercio, caso de ejercerse, solo debería tener efecto en la misma fábrica, y no en la Exposición.

Después hay la manía exagerada y sistemática de las reproducciones especiales, emulación de noble gusto seguramente, pero que es un esfuerzo estéril y mal empleado, propio de los industriales, mas no de Sèvres. ¡Este amor a lo pasado es bien extraño! Excepto Pailly, que parece ha renunciado a reproducir, Sèvres presenta este año también muestras históricas de que se diría tiene vergüenza, tanto es el cuidado con que las aparta de sus grandes obras.

De todo hay en esta colección de imitaciones retrospectivas: hay de Ruan, de Nevers, del Japon, de la Persia, hasta de la costosa e incomparable loza de Oyrón, llamada de Enrique II; hasta de las tierras cocidas que imitan el mármol y el bronce; hasta de los esmaltes en cobre, hierro, plata o platina, que recuerdan Limoges, la Italia o la China, como el *parian* inglés, la porcelana de los bulevares y la estearina solidificada, recuerdan el *vieux Saxe*, la pasta tierna Pompadour, y los *biscuits* de Clodion o de Falconnet.

No es esto decir que no haya en todo el conjunto el sello de ese laudable y ardiente espíritu de investigación, inherente a estos establecimientos sin rival, que buscan los nuevos procedimientos con incansable ardor. ¡Quién sabe, además, si de estos ensayos, a veces tan notables, no ha salido de tiempo en tiempo uno de esos triunfos de coloración, de colada o de aplicación, que son la eterna gloria de Sèvres, y que se revelan en el palacio del Campo de Marte por una colección de piezas *grand-feu* y *demi grand-feu*, que agotan la admiración! ¿Qué facsimile de los Penicaud o los Limosin, valdrá jamás para M. Regnauld esos adorables *celadones* que eternizarán su nombre, con sus tornasolados matices, gris verdoso de día y rosado a la luz artificial, y sus relieves de esmalte blanco, de una ligereza tan fluida y tan transparente, que parecen dibujados con pincel?

En este grupo se encuentran preciosos jarrones de relieves aplicados, y un gran jarrón griego de asas de serpientes con pájaros, de M. Gely, el verdadero triunfador en esta Exposición triunfante; y en fin, toda una serie de servicios de café, ejecutados por él con las nuevas pastas de aplicación, y gracias al incomparable empleo del cromo, que segun como cambia de atmósfera, da alternativamente el celadon de Sèvres, el azul claro, el rojo vivo o el gris con reflejos purpúreos.

Aquí también se ven vasos y botella etrusca de fondo mate, vermiculado, blanco sobre blanco, blanco sobre rosa o azul, que son otras tantas alhajas en cuanto a forma, buen gusto y matiz; el vaso Nicolle, esbelto y

elegante, que lleva ya, como en 1855 el vaso Dieterle, el nombre de su creador, inscrito en los mas bellos productos de 1867, y principalmente en ese gigantesco jarron blanco, uno de los triunfos de la Exposicion, asi como en un conjunto de figuras que forman parte de un gran centro de mesa montado, obra de M. Forgeot, y que salieron ya pintadas del primer fuego de la coccion.

En cuanto á las piezas de arte puro propiamente dichas, jarrones decorativos, seria preciso citarlos todos. Mencionaremos, sin embargo, los magnificos ornatos en pasta tierna de M. Godet; dos jarrones riquísimos con los retratos del emperador y la emperatriz; otro jarron, quizá el mas bello de todos, con un friso de amor y de ninfas, por M. Richard; otro verde y azul de un sorprendente efecto, y en fin, toda la série de las porcelanas duras y tiernas, la porcelana antigua y moderna de



EXPOSICION UNIVERSAL. — La orquesta del café tunecino.

Sèvres rivalizando entre sí, aquí con la pintura sobre el ópalo esmaltado, allí con la escultura que afecta todas las formas, desde la estatua hasta la figurilla, acomodándose á todos los géneros, desde el mueble hasta el objeto de tocador, desde el fronton hasta las cajitas menudas. En suma, ahí se encuentra el verdadero, el glorioso Sèvres, con su pléyada de paisistas, de pintores de figuras, de animales y de flores; Julio Andrés, Abel Schilt, Van-Marck, Barrias, Fragonard, Froment, Mlle Durand, Mlle Bataille, madama de Col, Regnier, Langlois, Gobert y otros, cuyo nombre es ya famoso.

Tambien ha expuesto Sèvres, sin duda por los cuatro esmaltes que la adornan, la cuna, obra de platería de Froment-Meurice, sobre los dibujos de Simart, regalada por la villa de Paris en 1856 al principe imperial, en la época de su nacimiento.

P. A. R.



Trajes suecos y noruegos, por M. Sæderman.

Vendedores ambulantes (Dalecarlia).

Aldeanas de Bleking (provincia marítima.)

Tallemarkees, interior de la Noruega.

La vuelta del bautizo (Dalecarlia).

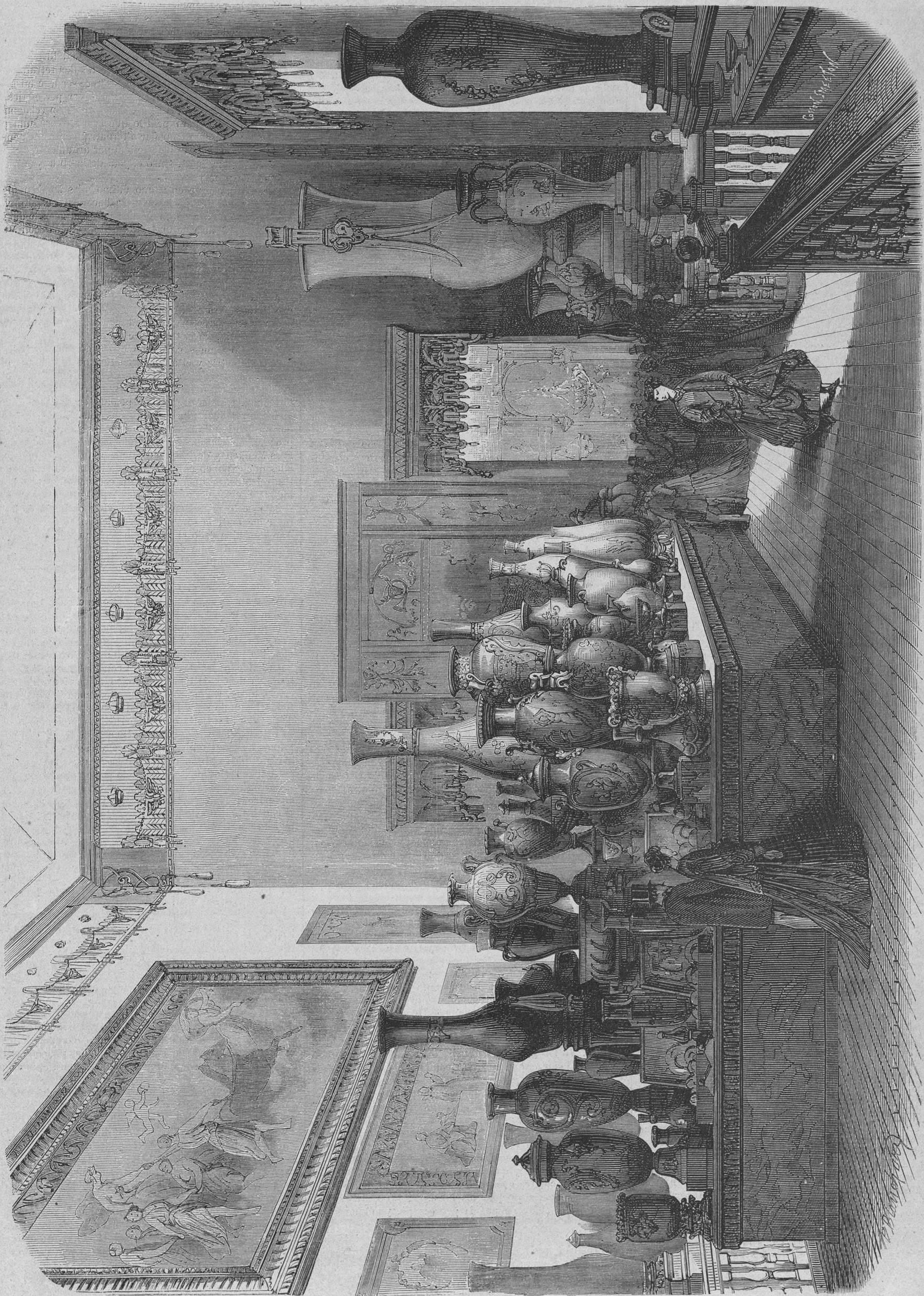


Pescadores, traje de fiesta (Sondmor).

Aldeanos de Herrestad (Escania).

Laponos de Tinmarken (frontera rusa).

Laponas vestidas de verano.



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867. — Salon de exposition de las Manufacturas imperiales.

Revista de Paris.

Con bastante frecuencia se observan en el horizonte político transformaciones de tal naturaleza, que se diría estamos asistiendo á la representación de una de esas comedias de magia donde se suceden sin transición alguna los contrastes mas notables en un simple de cambio de decoraciones. Con efecto, hace ocho dias escribiamos en este mismo lugar que las perspectivas de una guerra próxima entre la Francia y la Prusia, guerra de incalculables consecuencias segun los pronósticos de los hombres políticos, tenían amedrentados todos los ánimos y en una constante zozobra á la Europa entera; y hé aquí que al tomar hoy la pluma para comenzar nuestra crónica semanal, nos encontramos con que desde hace tres dias no se habla otra cosa que de paz, dándose punto menos que por terminada la famosa cuestion del Luxemburgo, á gusto y satisfaccion de las partes interesadas. La bolsa saludó el primer preludio de la noticia con una subida correspondiente á la baja que habia sufrido en la primera quincena del mes de abril, y la masa de los parisienses se felicita ya del buen resultado de las negociaciones entabladas por las potencias mediadoras para evitar el conflicto armado, y considera que por esta vez estamos libres del peligro. Hay quien afirma que el deseo que anima al emperador de Rusia de visitar la Exposicion de Paris, ha influido soberanamente en los consejos que tratándose de la cuestion ha dado al rey de Prusia, quien por su parte no parece menos dispuesto tambien á hacernos este verano una visita, acompañado de M. de Bismark, su célebrimo ministro. Si es así, congratulémonos de que la Exposicion universal haya contribuido á asegurarnos los beneficios de la paz de que tanto necesitan actualmente todos los pueblos.

Sea como quiera, lo cierto es que habria sido lástima, independientemente de todas las razones de mayor cuantía que militan en favor de la paz, que esta gran fiesta de todas las naciones se hubiese visto turbada por el ruido y los males de la guerra. Ya las galerías del palacio ostentan con raras excepciones los productos enviados al concurso universal, y en el parque se levantan tambien casi todos los edificios anejos á las exposiciones de los diferentes paises. Un paseo por este parque, en el dia que comienzan á cubrirse de hojas los altos árboles trasplantados allí como por encanto, es una delicia: es un paseo de sorpresas y de encantos continuos. Las instalaciones orientales son magníficas. Hé aquí los edificios turcos: una mezquita, que es una copia exacta, aunque en proporciones naturalmente reducidas, de la famosa mezquita de Brusa; un kiosco del Bósforo con sus perfumados surtidores y un establecimiento de baños calientes y frios.

Luego tenemos el palacio del bey de Túnez, que es toda una exposicion de la cultura artistica é industrial de los tunecinos, copia igualmente de la habitacion del bey, llamada el Bardo. Cada una de estas construcciones exige una visita de muchas horas.

Ya hemos hablado en este periódico de la casa de España, copia exactísima de un palacio existente en Salamanca, edificio notable que se admira por muchos conceptos y que encierra productos de España, de Cuba y de Filipinas. A su lado está el anejo portugués, que no se parece á ningun otro: es una muestra de la arquitectura inclassificable que reinó en Portugal á fines de la edad media.

El monumento mejicano figura el templo de Xochicalco cubierto de geroglíficos. Al contemplarle se vienen á la memoria aquellos horribles holocaustos humanos de que hablan los historiadores.

Entre la mezquita y este templo mejicano se encuentra la catedral rumana con sus tres cúpulas desiguales. Despues hallamos el palacio del virey de Egipto, lujosamente amueblado y dispuesto para recibir al virey, que parece se prepara igualmente á hacernos una visita; una casa egipcia, y el templo de Faraon, monumento colosal digno de un detenido estudio.

La exposicion china no está todavia abierta al público, pero ya el edificio se halla terminado, y desde luego podemos adelantarnos á decir que no será una de las menos interesantes y lujosas. Dícese que han traído del Celeste Imperio una coleccion de jóvenes destinadas á servir comidas y refrescos del pais á los curiosos.

Luego hay otra clase de establecimientos en el parque que llaman altamente la atencion del público. Hé aquí una fábrica donde se presencian las operaciones todas por las que pasa el diamante para llegar á ser la piedra preciosa que resplandece cual ninguna en las alhajas. Y á todo esto, en los intervalos que dejan entre si la habitacion de verano de la emperatriz de Rusia, la granja holandesa ó la aldea austriaca, se ven exposiciones curiosas artisticas ó industriales: aquí un juego de campanas que á cada hora toca con perfeccion un himno ó una pieza de ópera; allí una coleccion de maderas de construccion que atestiguan la riqueza de las selvas del Norte; allá una pirámide conmemorativa, una estatua ecuestre, un cañon de grueso calibre, etc., etc.

En esto de cañones extraordinarios la Exposicion universal de 1867 se halla abundantemente provista. El sábado último se colocó en la galeria prusiana el mas sorprendente

de todos ellos, un cañon de acero fundido de la famosa fábrica de M. Krupp de Berlin, que pesa la friólera de 70,000 kilógramos, y cuyos proyectiles, de 500 kilógramos, alcanzan á una distancia de 8,000 metros. La masa es imponente.

La coleccion de cañones ingleses es notable tambien, y entre ellos se observa uno rayado que se carga por la boca y que ha sido construido, segun el sistema Armstrong, modificado á consecuencia de diversos experimentos. Este cañon pesa 23,865 kilógramos y arroja una bala de 272 kilógramos con 32 de pólvora. Estas balas atraviesan las placas mas fuertes; los proyectiles lanzados para prueba atravesaron, como si fueran de carton, las mejores placas de M. Brown, de Sheffield.

Otro producto de la industria inglesa está llegando á Paris con mas abundancia de lo que seria de desear desde que se abrió la Exposicion, y de este producto comienzan á darnos cuenta ya los periódicos judiciales. Se trata de representantes sueltos de esa gran familia de pick-pocket tan esparcida en Inglaterra. La coleccion conocida hasta hoy no deja de ser ya bastante completa, y de ella vamos á entresacar los dos tipos siguientes:

El primero es Juan Johnson, jóven de diez y siete años, de buenos modales, muy atento y vestido elegantemente, con toda la traza en fin, de un rico gentleman.

Este modelo de candor y de finura, que no sabe una palabra de francés, ha venido á visitar la Exposicion, segun refiere llorando, al narrar su lamentable historia delante del tribunal, y á beneficio de un intérprete.

Juan Johnson es cantante y bailarín, y se proponia buscar ajuste en Paris una vez que hubiese visitado el palacio del Campo de Marte. Parece ser que hizo el viaje de Londres con otro mancebo de la misma edad, y á su llegada á Paris el 9 del mes último fueron recibidos por un compatriota, transeunte igualmente.

Al apearse del wagon del ferro-carril tuvieron una conferencia, y cuando informó á sus dos compañeros y cómplices que tenia pensado ejercer su profesion de cantante y bailarín, estos se burlaron de él, le dijeron que con su oficio se moriria de hambre, y que con el de ellos regresaria á Londres nadando en oro. Esta perspectiva le sedujo.

En el mismo instante entraron los tres en la sala de la aduana, y allí mientras los viajeros dejaban registrar los equipajes, ellos registraban los bolsillos: Johnson asegura que su inexperiencia le hizo caer desde luego en manos de la policia.

Pero el caso es que el agente que le prendió asegura que todos ellos poseen una destreza sin igual, con la diferencia de que los dos compañeros, notando que les vigilaban, tomaron las de Villadiego, y hasta ahora no se ha podido dar con su escondite. Trece meses de cárcel harán comprender al tímido jóven cuán peligroso es dejar el oficio de cantante y de bailarín para ponerse á registrar bolsillos.

El segundo tipo de la misma especie pertenece al sexo femenino: se llama la viuda Wilkinson y dice que gana su sustento trabajando de costurera. Sin duda alguna, y á pesar de sus denegaciones, tiene un cómplice; pero este no ha caído aun en manos de la justicia.

Escuchemos á una señora que vive en Saint-Denis, madama Heron, y conoceremos las habilidades de la viuda:

« El 2 de abril, dice, tomé yo en Saint-Denis el tren de las once de la mañana, con mi hija y su padrino. Al comprar el billete dejé abierto mi bolsillo y se pudieron ver los 240 francos en monedas de oro que contenia. Elegí un compartimiento vacío á fin de viajar sola con mi hija y su padrino, cuando hé aquí que en el momento de subir á él, me empujan por detrás y luego veo que entran con nosotros una mujer (la viuda) y un individuo que se sienta junto á ella. Este último no hablaba con aquella y aparentaba que no la conocia.

» Llegamos á Paris; el padrino de mi hija baja el primero del wagon; yo iba á seguirle, y entonces el individuo en cuestion me empuja y pasa delante; luego la mujer me da otro empujon y hace lo mismo. Una vez en mi casa observo que me falta el bolsillo. Fui á quejarme al celador de policia, y á la mañana siguiente, pensando que volveria á encontrar á los rateros en la estacion, vuelvo á Paris. Efectivamente, al apearme del wagon veo al hombre que hacia como que buscaba á alguna persona. Le sigo hasta fuera de la estacion, le distingo que se reune con la mujer, que me señala, que me reconocen, y por fin que ambos apresuran el paso. Yo los persigo, y al cabo de algunos instantes se separan y la mujer continúa corriendo por el faubourg Saint-Denis. Llamo á un agente, le refiero lo que me pasa, y entramos proseguimos la persecucion, hasta que al cabo detiene á la mujer en el momento en que salia de casa de un vendedor de muebles donde se habia metido. Al llevarla á la comisaria dejó caer dos billetes de banco y un bolsillo.»

El vendedor de muebles dice que aquella mujer entró en su casa con el aire muy consternado, como si acabara de cometer un crimen y que ajustó y compró inmediatamente los primeros objetos que halló á mano. Habiéndola preguntado dónde queria que se los llevaran, vió aparecer á la puerta á un agente de policia y se escapó, y entonces fué presa.

La viuda no tiene mas remedio que confesar el hecho, pero sostiene que no conocia al hombre que dicen ser su cómplice, y asegura que solo hacia dos dias que estaba en Paris, adonde habia venido para visitar la Exposicion. El tribunal la ha condenado á cinco años de encierro.

Y á propósito de crónica judicial, vamos á cerrar este capítulo, dando á conocer á nuestros lectores un curioso pro-

ceso entablado á peticion de Alejandro Dumas contra un fotógrafo.

Hace algunas semanas se ha podido ver en las estamperías mas afamadas de Paris el retrato del célebre escritor junto con el de miss Adah Menken, la actriz americana cuya biografía, cuajada de peripecias y aventuras, extractámos no há mucho tiempo aun en estas revistas. El abogado de M. Dumas explicó al tribunal cómo estos dos retratos se habian reunido en una sola tarjeta. Parece ser que miss Menken, que no quiere limitarse á representar personajes mudos como en los *Piratas de la Sabana*, entró en relacion con Alejandro Dumas para pedirle que la escribiera una pieza en la que pudiera desempeñar alternativamente un papel de hermano y hermana. Dumas eligió por argumento el *Monasterio* de Walter Scott, trazó el plan de la obra y aun escribió toda la primera parte.

Sucedió pues que en marzo último miss Menken fué llamada al taller de M. Lieber para hacer su retrato, y con efecto, pasó á casa del fotógrafo; pero entonces le dió á conocer la existencia de un trato que tenia hecho con M. R... fotógrafo tambien, en cuya virtud ella se habia comprometido á no permitir que ningun otro mas que M. R... vendiera su retrato durante un año. Bajo esta condicion la retrató M. Lieber.

Ahora bien, el 25 de marzo M. Lieber escribió á Alejandro Dumas para decirle que miss Menken debia presentarse otra vez en su casa para que él hiciera su retrato, y que si Dumas queria, haria tambien el suyo.

Alejandro Dumas concurrió el 28 de marzo, y de esta manera la actriz y el autor dramático pudieron tener el capricho de hacerse retratar juntos. Pero no fué efectivamente mas que un capricho que debia conservar su carácter de intimidad, y estos retratos no podian ser vendidos ni entregados al público. Sin embargo, los vendedores de fotografías no han tenido reparo, aun despues de anunciado ya el proceso, en continuar vendiendo los retratos reunidos de miss Menken y de Alejandro Dumas; habiendo muchos de ellos que exponen en sus muestras hasta dos hileras de estos retratos. Se queria pues un escándalo, y se ha obtenido.

Sobre esto miss Menken se ha visto obligada á desinteresarse mediante la suma de 500 francos al fotógrafo M. R..., á quien habia dado el privilegio de la publicidad de su retrato, contratiempo del que tiene la culpa M. Lieber. Alejandro Dumas pide al tribunal la supresion de los retratos y la destruccion de los clichés.

El abogado de M. Lieber, M. Peronne, sostiene que este proceso no es mas que una consecuencia del carácter de Alejandro Dumas. No hay duda que sobre los hechos de la vida privada debe haber un velo; pero lo cierto es que, segun este abogado, no hay hombre en Francia que tenga menos vida privada que Alejandro Dumas. No hay escritor que haya hablado mas de sí propio, y constantemente ha demostrado su deseo de tener al público al corriente de sus acciones todas. En la ocasion presente, Dumas ha querido que todo el mundo sepa la amistad que le profesa una actriz distinguida. En tanto que los periódicos no se han ocupado de este capricho sino como de una cosa lisonjera para él, Dumas ha guardado silencio; y solo ha protestado y entablado el pleito al ver que la misma prensa concluia por juzgarle mas severamente, criticando semejante fotografia.

Por último, M. Peronne afirma que los retratos ejecutados por M. Lieber estaban destinados á la publicidad, con el consentimiento de ambas partes, y que los libros del fotógrafo no ofrecen ninguna señal de pago por este trabajo, sino antes bien consta en ellos un regalo de ejemplares de fotografías en recompensa del favor que miss Menken y Alejandro Dumas hacian á M. Lieber permitiéndole la publicacion de los retratos y su venta. El tribunal no ha fallado aun á la hora en que escribimos.

Esta semana hemos tenido una novedad teatral de cierta importancia literaria: es un drama nuevo en cinco actos, por M. P. Meurice, titulado la *Vida nueva*, que ha alcanzado en el Odeon un éxito completo.

Raimundo Labastie, hijo de un artista célebre, ha derrochado toda la fortuna que le dejó su padre, y para salir de un apuro urgente, comete el delito de falsificar un pagaré con el nombre de una artista, amiga suya, llamada Paula Vernon.

Llega el dia del vencimiento, y Paula, adivinando lo acaecido, paga; mas sobre esto Raimundo, devorado por los remordimientos, se arroja á los piés de Paula, pidiendo su perdón, y dice que desde entonces comienza para él una nueva vida.

Paula le ayuda á rehabilitarse, pagando todas sus deudas, y Raimundo reconoceria gustoso estos favores casándose con la jóven artista, si no estuviese enamorado de una italiana. Paula se sacrifica hasta el fin, no descubriendo su amor á Raimundo, y este papel de víctima llegaria á cansar la paciencia de los espectadores, si no se comprendiese que se casará despues con un amigo de Raimundo, que enamorado tambien de Paula, fué quien en realidad pagó las deudas del protagonista.

Este drama, concebido con la intencion de dar á conocer cuán funestos son para el porvenir los extravios de la juventud, está perfectamente desempeñado, y ha obtenido, como hemos dicho ya, un éxito completo y merecido.

MARIANO URRABIETA.

Poesía.

LOS TRES ELEMENTOS.

Te vi tan bella, que mi pecho amante
Un suspiro exhaló.
Veloz desapareciste y al instante
Mi pecho suspiró.
Al ver tu faz de rosa otra mañana
Un suspiro lancé:
Mas me premiaste mi pasión, tirana,
Y otra vez suspiré.
Mis suspiros, aun mas que tu desaire
Me vienen á probar que amor es aire.

Pasaron muchos meses, y abrasado
De amor, me consumía.
Mi pecho, por tus ojos inflamado,
Cual tu mirada ardía.
Otra vez tu figura seductora
Apareció ante mí;
Y una llama girar, devoradora,
En mi pecho sentí.
Entonces exclamé, de amores ciego;
Ya no debo dudar, amor es fuego.

Lágrimas de dolor, al ver mi suerte,
Empiezo á derramar;
Y soñando contigo y con la muerte
No ceso de llorar.
Una noche que el llanto no corría
Por mi megilla ardiente,
Oí tu dulce voz, y me vió el día
Llorando amargamente.
Puesto que el llanto la pasión lo fragua
¿Quién me podrá negar que amor es agua?

Y pues según el cuento,
Es fuego, y agua, y viento,
Consta el amor á la mujer querida
De los tres elementos de la vida.
Lógica consecuencia:
Sin amor no es posible la existencia.

CONSTANTINO GIL.

La música entre los árabes españoles.

La música y el canto alcanzaron gran boga y estima entre los árabes de España. Los alcázares de príncipes y magnates estaban llenos de cantores, y sobre todo de cantoras, que los inundaban de armonía en las continuas zambras y fiestas. Cuéntase que Ibn Abbas, visir del rey de Almería Zohav, hombre muy opulento y sibarita, tenía en su alcázar quinientas jóvenes cantoras, todas ellas de notable hermosura. Tales artistas obtenían de la munificencia de nuestros árabes gran consideración y crecidos sueldos, y muchas de ellas sobresalían, no solo en el canto y la música, sino también en la poesía. Durante las fiestas y saraos de sus señores, ellas cantaban y tañían ocultas detrás de cortinas ó mamparas (en árabe *asitáras*) que las esquivaban á los ojos de los concurrentes, los cuales encantados con sus tonos y melodías, creían escuchar las voces y notas de invisibles genios.

La afición de los árabes por la música data desde los tiempos mas antiguos. Abulfarag el Ispahanense, en el siglo X, recogió en su *Gran libro de las canciones* las sentidas y armoniosas coplas que cantaban los beduinos anteriores á Mahoma al son de sus laudes y guzlas, y trae anécdotas muy curiosas relativas á las muchachas cantoras y citaristas que tenían en sus aduares y alcázares los xeques y emires. Posteriormente el pueblo árabe enriqueció sus conocimientos en este maravilloso arte con el estudio de la música griega, como se ve por el importantísimo libro que escribió en la primera mitad del siglo X, Abu Nasar Alfarabi.

Pero los árabes no fueron serviles imitadores del arte griego, sino que lo perfeccionaron y le imprimieron un carácter especial con su propio genio y afición. Los árabes españoles conocieron é inventaron gran número de instrumentos musicales. Cuenta un autor árabe que en Sevilla se usaba el *jayal*, el *carich*, el *laud*, la *rota*, el *rabab* ó rabel, el *canun*, el *minis*, la *canira*, la *ganára*, el *zalamí*, la *axxocra*, la *anraura*, dos especies de *citaras*, la uña áspera de sonido y la otra suave, y finalmente el *boe* ó albogue. Conocióse además otros muchos, entre ellos el *adufe*, la *guzla*, el *acual*, la lira, el *garabi*, el *abucanun*, el *añafil*, el *atabal*, el *tambur*, la *dabdaba* del Sudán y el *hamaquí* berberisco. La lengua castellana encierra muchos nombres de instrumentos pertenecientes á la lengua árabe, pregonando así la influencia que tuvo un pueblo tan culto en este ramo de las bellas artes.

Los árabes españoles cultivaron sobremanera el estu-

dio de la música, ilustrándole y perfeccionándole con muchos tratados y obras de mérito. En el siglo XII escribió un excelente libro sobre la música española el célebre granadino Abu Beer Ibn Bacha, que según dice un escritor árabe, alcanzó en el Occidente la misma reputación que el famoso Alfarabi en el Oriente. Un siglo después, Yahya Aljuduch, de Murcia, compuso un *Libro de las canciones andaluzas* en competencia con el celebrado *Gran libro de las canciones* que había escrito en Asia el referido Abulfarag el Ispahanense.

Pero los progresos de este arte en la España sarracena datan desde la época del famoso maestro Ziriyab. Creemos que nuestros lectores leerán con gusto algunas curiosas noticias de este ilustre compositor que hemos hallado en los autores árabes.

Llamóse *Abulharan Ali ben Nafi*, y por sobrenombre *Ziriyab*, que quiere decir en árabe un ave negra de canto melodioso: apellidaronle así por el color moreno de su tez y su habilidad en el canto. Nació en Bagdad hacia fines del siglo VIII de nuestra era, y allí aprendió la música bajo la dirección del célebre maestro Ishac el Maussili. Reinaba á la sazón el califa abbasida Harun Arraxid, tan conocido por los cuentos de las *Mil y una Noches*, príncipe ilustrado y protector de las ciencias y las artes.

Sucedió un día que el califa preguntó al maestro Ishac si no conocía algún nuevo cantor de mérito que poderle presentar.

— Yo tengo un discípulo, respondió Ishac, que canta bastante bien, gracias á mis lecciones, y tengo motivos para creer que algún día me dará honor.

— Dile pues que se me presente, añadió el sultan.

Introducido en presencia del monarca, Ziriyab supo agradarle desde luego por sus modales distinguidos y por la gracia de su conversacion. Después, como le dirigiese Harun algunas preguntas sobre el arte que ejercía, Ziriyab le respondió:

— Yo sé cantar como otros lo saben hacer; pero además yo sé lo que otros no saben. Mi manera de cantar no se ha inventado sino para un inteligente tan práctico como Vuestra Alteza. Si lo tiene á bien, voy á cantarle lo que oído alguno no ha escuchado todavía.

Harun Arraxid le mandó cantar; pero habiéndole presentado al afecto el laud de su maestro, Ziriyab rehusó servirse de él, y pidió uno de su propia invención.

— Pues ¿cómo, le preguntó Harun, rehusas el laud de Ishac?

— Si Vuestra Alteza, respondió Ziriyab, desea que yo le cante alguna cosa según el método de mi maestro, yo me acompañaré de su laud; pero si quiere conocer el método inventado por mí, necesito absolutamente del mío.

A estas palabras añadió Ziriyab una descripción de su instrumento, que dejó maravillado al califa. Díjole que sus cuerdas estaban forradas de una seda que no se había hilado con agua caliente, y que dos de ellas, la grave y la triple, procedían de las tripas de un leoncillo. Ziriyab templó luego su laud, y acompañándose de él, cantó una oda que había compuesto en loor del sultan, el cual quedó tan prendado, que reprendió duramente á Ishac por no haberle presentado antes á tan maravilloso artista.

Ishac se excusó diciendo, como así era verdad, que Ziriyab le había ocultado cuidadosamente á dónde rayaban su invención y su genio; mas luego que se halló á solas con su discípulo, le habló así:

— Ziriyab, tú me has engañado villanamente, haciéndome un misterio del alcance de tu talento. Voy á hablarte con franqueza, diciéndote que ya te miro con envidia y rivalidad, como es inevitable entre artistas que cultivan el mismo arte, y que son iguales en mérito. Además, tú has conseguido agradar al califa, y sé que dentro de poco vas á suplantarme en su favor, lo cual no perdonaría ni á un hijo mío. A no profesarte un resto de cariño, porque eres mi discípulo, yo no vacilaría en matarte, y tal podría suceder que nada me contuviese... Tú, por consiguiente, puedes escoger entre dos partidos: ve á establecerte lejos de aquí, júrame que jamás oíré hablar de tí, y entonces yo te daré cuanto oro quieras; ó bien permanece aquí á pesar mío, mas yo te prevengo que en tal caso arriesgaré vida y hacienda para perderte. Elige pues.

Ziriyab se decidió prontamente, aceptando el dinero que le ofrecía su maestro, partiendo de Bagdad con sus mujeres é hijos. Algun tiempo después, Harun Arraxid ordenó á Ishac que volviera á presentarse con su discípulo. Ishac le respondió:

— Mucho siento no poder satisfacer al deseo de Vuestra Alteza: ese manco está poseído; cuenta que los genios le hablan y le inspiran los aires que compone, y está tan enorgullecido con su talento, que cree ser sin par en el mundo. No habiendo sido recompensado ni vuelto á llamar hasta ahora por Vuestra Alteza, ha partido furioso. Ignoro dónde se encuentre á la sazón; mas, señor, dad gracias á Allah de que tal hombre se haya ausentado, porque tenía accesos de delirio, y en estos momentos se ponía horrible.

Aunque pesaroso por la partida de un compositor de tantas esperanzas, el califa se satisfizo con las razones que le dió Ishac. Y en verdad que el antiguo maestro no mentía del todo en lo que dijo. Durante su sueño, Ziriyab creía realmente oír cantar los genios. Entonces se desvelaba de repente, saltaba de su lecho, llamaba á Gazlan y Honaida, dos muchachas de su serrallo, las mandaba coger sus laudes, las enseñaba el aire que había creído oír durante el sueño, y él mismo escribía la letra.

Obligado á dejar su patria, Ziriyab fué á buscar fortu-

na en el Occidente. Llegado al Africa, escribió una carta á Alhacam I, sultan de la España árabe, anunciándole sus deseos de ir á establecerse en su corte. La carta agradó tanto al sultan, que al punto contestó al músico, instándole á venir luego á Córdoba, donde recibiría de su mano un crecido sueldo. Ziriyab pues se embarcó para España con su familia, mas apenas arribó á Algeciras cuando supo que acababa de morir Alhacam. Muy contrariado por esta nueva, trataba ya de volverse al Africa, cuando un músico judío llamado Mansur, que Alhacam había enviado á su encuentro, le advirtió que su hijo sucesor Abderrahman II no era menos aficionado á la música que su padre, y que sin duda recompensaría á los artistas con semejante generosidad.

En efecto, así aconteció. Abderrahman II, que sucedió en 822 á su padre Alhacam, fué un príncipe débil, afeinado, falto de talento y carácter para llevar las riendas del Estado, enemigo y perseguidor de la gente cristiana, pero muy dado á las pompas y delicias del mundo, á las letras y á las artes. Deseoso de rivalizar en ostentación y fausto con los califas de Bagdad, se rodeó de una servidumbre muy numerosa y lucida, embelleció á Córdoba con puentes, mezquitas, alcázares, fuentes y jardines, y recompensó generosamente á los literatos y poetas que hacían versos en su alabanza. El músico Ziriyab fué una gran adquisición para el nuevo monarca. Enterado Abderrahman de su arribo, le invitó á venir á su corte, le envió regalos, y mandó que fuese recibido con gran pompa y agasajo. Llegado á Córdoba, Ziriyab fué instalado por orden del sultan en una casa magnífica, y al cabo de tres días que se le dieron para descansar de las fatigas del viaje, se le invitó á pasar al regio alcázar. Admitido á la presencia del soberano, este antes de todo le hizo las proposiciones mas seductoras, ofreciéndole, si quería establecerse en su corte, una pensión y varias gratificaciones, que en todo vendrían á representar un capital de cuarenta mil dinares; es decir, la enorme suma de ochenta mil duros. Aceptadas por Ziriyab condiciones tan ventajosas, Abderrahman le invitó á cantar, y Ziriyab lo hizo tan bien, que el sultan quedó encantado, y desde entonces no quiso escuchar otro cantante.

Pero Ziriyab no era solamente un artista de genio. Era además un excelente poeta, sabia de memoria las palabras y aires de diez mil canciones; era muy entendido en astronomía y en geografía; refería con tanta instrucción como gracejo los usos y costumbres de los diferentes pueblos y regiones, y mostraba, en fin, extensos conocimientos en todas las ciencias y artes. Abderrahman gustaba mucho de conversar con él sobre historia, poesía y demás ramos de las letras, y por tal manera Ziriyab llegó á adquirir gran intimidad é influencia con el sultan.

Pero lo que cautiva mas en aquel ilustre artista, era su ingenio, su agudeza, su gusto y la soberana distinción de sus modales. Ninguno le igualaba en lo chistoso y picante de la conversacion, ninguno como él mostraba en todas las cosas el instinto de la belleza y el sentimiento del arte, ningún otro sabia vestirse con tanto gusto y elegancia, nadie le conocía ventaja en disponer una fiesta ó un banquete. Mirábasele como un hombre superior, como un modelo en todo lo relativo al buen tono, y bajo este concepto, llegó á ser el legislador y árbitro de la España árabe. Ziriyab introdujo grandes innovaciones en el tocado, en los vestidos, en los manjares, en los muebles y vajilla, y en fin, en todos los pormenores de la vida cómoda y elegante, conciliando siempre la sencillez y la economía con el gusto y la gentileza.

Ziriyab dió gran impulso al arte de la música con muchas invenciones y mejoras. Inventó una quinta cuerda para el laud, que antiguamente no tenía mas que cuatro, correspondientes, según opinan los árabes, á los cuatro temperamentos del hombre. La primera cuerda, llamada *azzir*, teñida de amarillo, corresponde, según ellos, á la bilis; la segunda, llamada *matzná* ó doble, teñida de rojo, corresponde á la sangre en el cuerpo humano; la tercera, *mitzla* ó triple, que es blanca, á la pituita; la cuarta, *albamm*, ó grave, á la atrabilis. Pero como faltase en el laud un elemento para representar al alma que vivifica el cuerpo, Ziriyab le añadió una quinta cuerda teñida de rojo que, puesta en medio de las demás, dió al instrumento el sentido mas delicado y la expresion mas perfecta.

Ziriyab tuvo ocho hijos varones y dos hembras; todos ellos heredaron la habilidad de su padre para el canto, principalmente el segundo llamado Obaidallah. La enseñanza de tan insigne maestro promovió notablemente en la España árabe los progresos del arte de la música, y el nombre de Ziriyab gozó de perpétua celebridad entre los moros andaluces hasta los últimos tiempos de su dominación, siendo mencionado por sus historiadores al par de los grandes sabios, poetas, capitanes, ministros y príncipes.

Aunque sucintas y escasas, creemos que estas noticias ofrecen algún interés para la historia de la música entre los árabes españoles, y aun para la historia general de los progresos y vicisitudes de este inspirado arte que ha formado siempre las delicias de la humanidad (1).

F. J. SIMONET.

(1) Hemos tomado y aun traducido gran parte de este relato de la excelente *Historia de los musulmanes de España*, escrita por M. Reinhart Dory, tomo II, págs. 89 á 95, y de la Introducción de M. Dugat á la grande obra arábiga de Almacarrí titulada *Analectas sobre la historia y literatura de los árabes de España*, tomo I, págs. 69 á 72.

CARICATURAS SOBRE LA EXPOSICION UNIVERSAL, POR BERTALL.



— Mi amigo y yo venimos á probar los vinos; sirvase Vd. confiarnos algunas botellas.

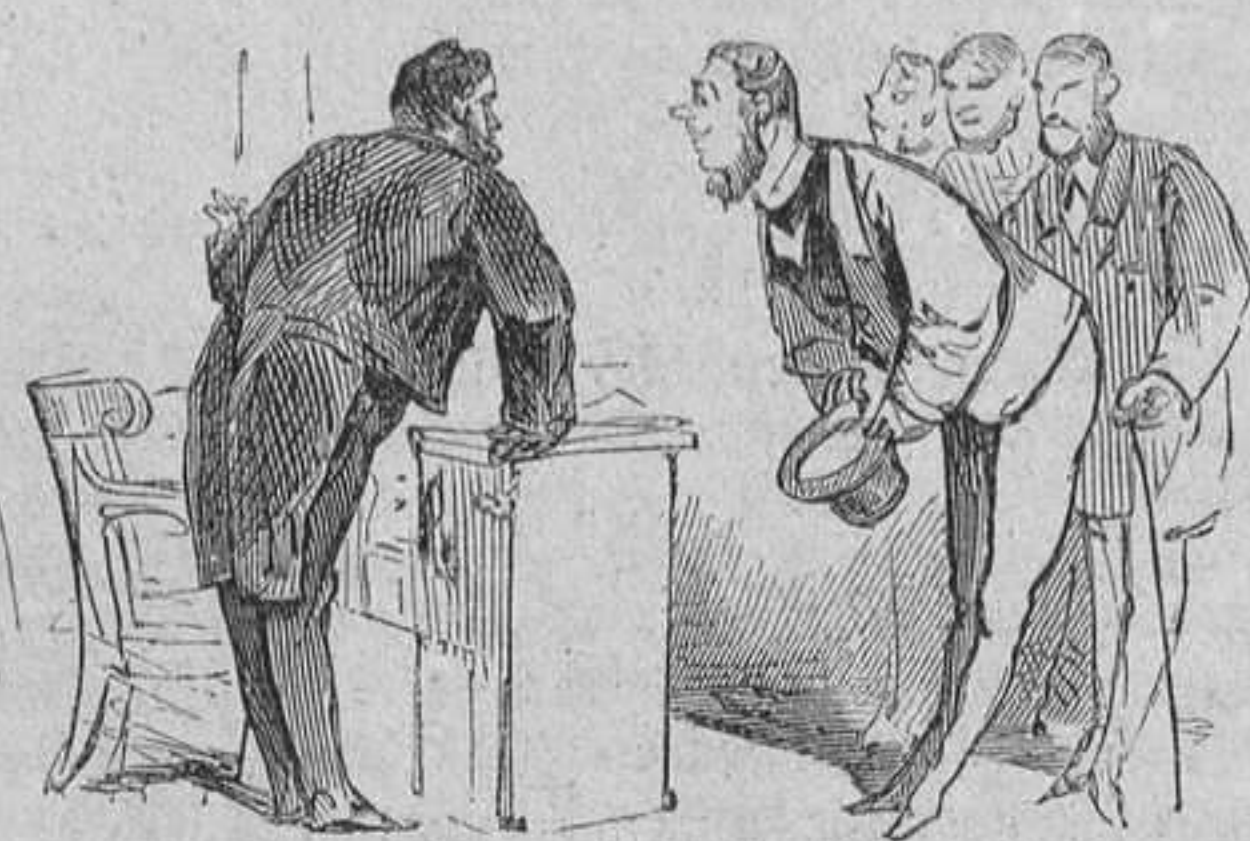


La entrada.

— Tiene Vd. que pasar; yo no puedo hacer excepciones; todo el mundo es igual ante el tourniquet.



La baronesa de Tres Estrellas solicita el monopolio de la exposicion de las niñas casaderas. Buen dote y buenos antecedentes.



La sociedad de los rateros internacionales ofrece una suma redonda por el monopolio de la explotacion del Campo de Marte. — Se trabajará con limpieza. No se tocará á las joyas de familia.



— Estoy esperando á mi esposo. — ¿Se ha puesto enfermo? — No, despacha su correspondencia.



El depósito de bastones.

— Yo, en su lugar de Vd., habria preferido comprar otra cosa con los 20,000 francos que ha pagado usted por el derecho de guardar los bastones. Es mal negocio.



Por via de intimidacion.

— Yo he comprado el monopolio de guardar los paraguas y guardaré el de usted.

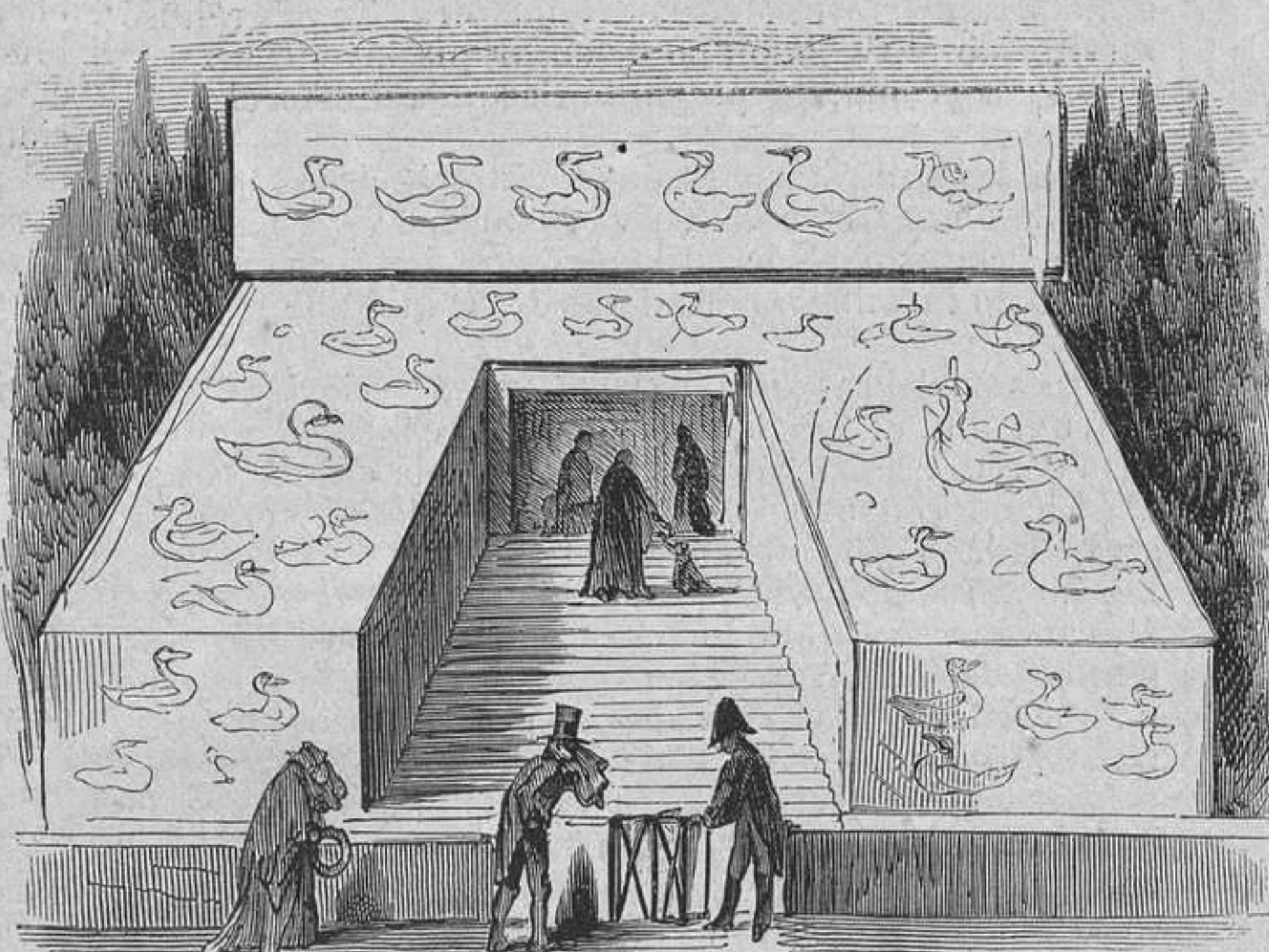


Por via de insinuacion.

— Tenga Vd. compasion de un padre de familia sin trabajo; confieme usted su baston.



Máquina de la fuerza de veinte y cinco oficiales de sastre para cortar y coser los vestidos: un traje completo en cuarenta minutos. — Poco importa ya que los operarios no quieran trabajar sin aumento de precio.



El sepulcro de las obligaciones mejicanas.

Se puede visitar la tumba por 25 céntimos, sin que se necesite justificar la calidad de accionista. Los que deseen algunas obligaciones á la par, deben hacer una peticion motivada. Se mira y no se toca lo que hay en el interior del establecimiento.



Curiosidades del interior del sepulcro.

La figura de cera de la persona que ganó el premio de 500,000 francos, y el mismo premio hecho de carton. Los accionistas se consuelan viendo que habrian podido ser tan ricos.



El servicio del café tunecino.



Idem del café inglés.



El agua fresca internacional vendida á los chiquillos.



Costará 50 céntimos dar de comer á la célebre carpa de Francisco I, traída de Fontainebleau.



Y no se permitirán mas pastelillos para los aquariums que los de la casa de Roublard, que tiene el privilegio.



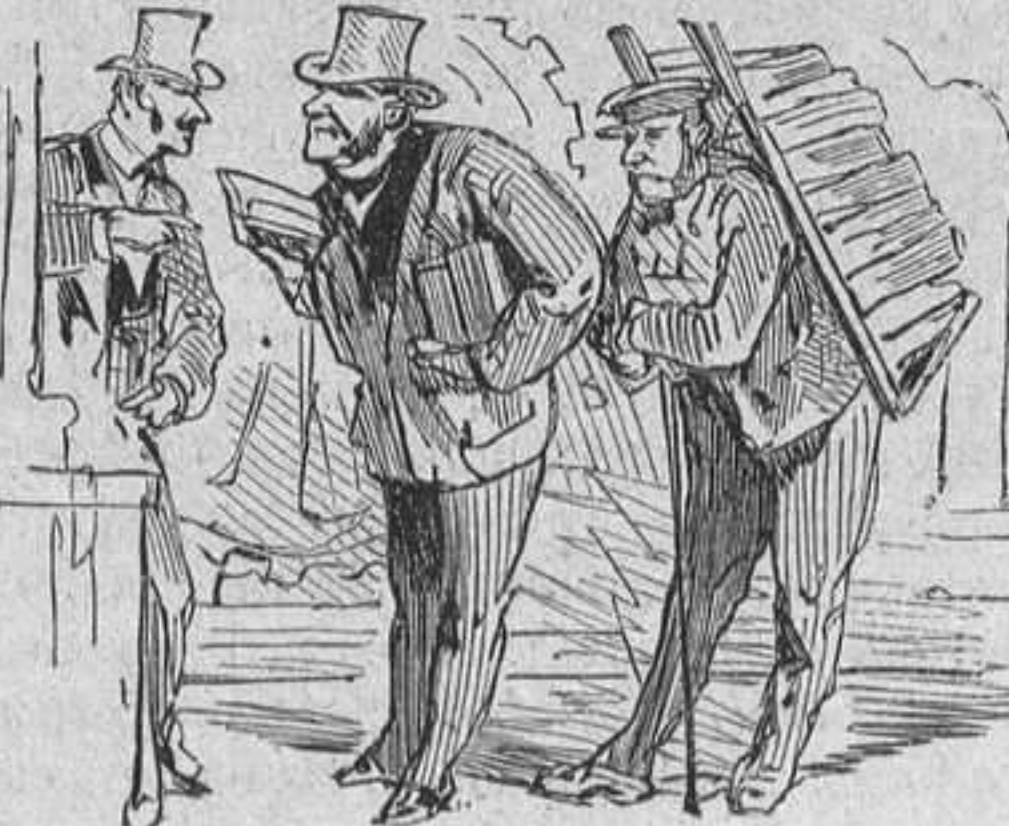
No haya piedad con los extranjeros que vengan á visitar la Exposicion: así impediremos que vuelvan.



En el establecimiento chino se darán sopas de nidos de golondrinas á razon de 10 francos.



Amigo mio, te he dado una bonita comida; paga la cuenta y vámonos.



El catálogo.

Con un mozo de cordel detrás se podrá llevar el catálogo por todas partes.

El día 10 de julio llegamos á la vista de la isla de Cárlos, y nos detuvimos para examinar una montaña llamada Monte-Parnaso, cuya altura calculada por la observación, era de 3,960 piés sobre el nivel del mar. Estaba cubierta de nieve, y vista de cierta distancia, se asemeja á un antiguo edificio cimado de una torre. Es muy verosímil que dicha montaña fuese antiguamente un volcan, y que muchas islas de aquellos mares han debido su formación á erupciones volcánicas, pues el fuego ha dejado en ellas rastros patentes de su tránsito.

Después de doblado el Cabo-Frío (*Cape-Cold*), anclamos en un fondo de quince brazas como á una legua de tierra, donde encontramos un barco holandés que regresaba, cuyo capitán se esmeró en mostrarnos varios manantiales de agua dulce para hacer aguada. Utilizamos el aviso, y era con efecto el agua excelente. La opinión de aquel capitán acerca de nuestra expedición, fué que este año no podríamos avanzar más de dos grados hacia el Norte, y al participarle nuestro intento de ir á invernar á Spitzberg; pareció que nos estaba mirando como á una cuadrilla de insensatos, y se nos ofreció para llevar á Amsterdam nuestra disposición postrera.

Estando la mar medianamente navegable, al día siguiente dimos la vela, y nos despedimos de nuestros holandeses. A las dos de la tarde nos señaló la sondaleza un fondo peñoso de quince brazas. Engolfados en una cerrazón densísima, oímos un espantoso crujido que nos hicimos cargo sería el ruido ocasionado por el magullamiento y choque de los témpanos, que puede oírse de muchas leguas.

A las diez y media de la noche, extendiéndose los hielos del noroeste al es-sud-oeste, cogimos caza, y la perdimos de vista á las doce y media de la noche (es menester recordar que no teníamos noche). A las cinco y media, condensándose más y más la niebla, nos detuvimos y nos volvimos á ver acorralados por los hielos que nos causaron mucha zozobra. Habiendo observado que se multiplicaban más por la parte del Este, volvimos á virar al Oeste; pero corrimos en esta maniobra el mayor peligro, pues el choque podía estrellarnos.

No podíamos avanzar en ninguna dirección sin arduas dificultades, por haberse amontonado los hielos, de suerte que hacían girar la embarcación como si hubiese estado en medio de un torbellino. El día 12 botamos la lancha al mar para remolcarnos siguiendo una angosta abertura formada en el hielo; pero experimentaba un empuje tan violento, que nos pareció imposible que resistiese á él por mucho rato, y no pudiendo nosotros mismos sostener más el choque de las moles enormes que cercaban el buque, tuvimos que valernos de anclas y bastones de hielo para abrirnos paso.

Sobre las ocho y media de la noche empezaron los hielos á dispersarse, y volviéndonos á remolcar con la lancha, logramos no sin trabajo doblar un cabo inmenso engarzado con el cuerpo principal, y nos encontramos por fin en medio de una agua que ya no presentaba obstáculos á la navegación. A las diez metimos la lancha á bordo.

Forcejeando por arrollar aquella situación tan arriesgada en que por la primera vez estuvimos en peligro de quedar destrozados por los hielos, rompimos una ánora é hicimos saltar parte de nuestra borda.

Sucede á menudo que los buques comprometidos en medio de los hielos se rompen contra campos compactos que, arrebatados por un viento recio, son más expuestos que los peñosos. Estos mismos buques quedan á veces aplastados por la caída de los témpanos amontonados unos sobre otros hasta por encima de la borda; en cuyo caso el exterminio es inevitable. Otras veces se encuentran pilas de hielo tan altas como montañas que, si llegan á encontrarse, se incorporan entre sí formando aquellas prodigiosas moles que se ven con frecuencia en el Sur, fluctuando en mil direcciones á merced del viento y de la marea.

Con todo, la experiencia demuestra que los témpanos flotantes son los más peligrosos, como lo acredita lo siguiente: suelen los pescadores amarrar sus barcas en extensiones de hielos compactos, que en ciertas ocasiones parecen pegadas á la tierra (por ser posición más favorable á la pesca); pero tampoco es raro que, si muda el viento ó sobreviene una tempestad, los hielos flotantes se les echen encima con tal rapidez, que en el mismo momento en que más seguros se conceptúan, quedan destrozados y sumergidos. Ciertamente es asombrosa la cantidad de témpanos que se reúnen en el espacio de una hora, y esto con tal estruendo, que apenas puede uno oírse hablar.

Reinaba sumo frío, y el termómetro estaba á medio día más abajo del hielo, á pesar de que no estuviésemos aun más que á mediados de julio.

Cayó la nieve en tanta cantidad, acompañada de lluvia y niebla, que los marineros habían echado el resto de sus fuerzas en la maniobra, y á pesar de todas las precauciones posibles, no pudimos evitar de tropezar con las montañas de hielo que nos rodeaban. Aquel día gobernamos sucesivamente por cien direcciones diversas para aprovechar las zanjas formadas en el hielo, que se extendían tan lejos sobre la superficie de las aguas como podía alcanzar la vista desde el juanete del palo mayor.

Tanto como nos lo permitió nuestra situación hicimos rumbo al nordeste, y el día 17 de julio llegamos á la vista del promontorio de Hacluit, que nos demoraba á seis ó siete leguas es-sud-oeste, estando por la latitud de 80° 2'. El día 18, estando la atmósfera despejada y encontrándonos en una corriente del Este muy impetuosa, anclamos á las ocho de la noche, teniendo de

fondo cuarenta brazas; pero habiéndose levantado al Este una fuerte brisa, levamos ancla, y fuimos á fondear al día siguiente en la ensenada de Smearingburgh; quedándonos la Peña Hendida (Cloven-Clif) á una milla Este cuarta al Sur, y la punta Oeste del Woogle-Land á una milla y media noroeste. La sondaleza nos señaló quince brazas en fondo de arena.

El día 20 de julio llegamos á la isla de Spitzberg por la ensenada de Smearingburgh, que descubrieron los holandeses, quienes hicieron en ella colgadizos y otras construcciones de que tenían necesidad para extraer el aceite de la grasa de ballena; hasta construyeron un pueblo, y quisieron plantear una colonia, mas todos los habitantes perecieron al primer invierno. Aun quedan hoy día algunos restos de aquel pueblo, distinguiéndose aun en medio del hielo empedernido la señal de sus estufas, calderas, zarzo, hornos y demás utensilios, á pesar de que el tiempo ha consumido enteramente todas estas piezas.

Los rusos han intentado varias veces pasar allí el invierno; pero raras veces sobrevivieron más de la mitad de ellos; y al desembarcar allí nosotros, estaba aquel país absolutamente desamparado; pues los holandeses, que acostumbran quedarse en aquellos parajes algunos días más tarde que los nuestros, ya habían levado el ancla. Hicimos serias reflexiones al considerar que aquellos hombres encallecidos al frío y acostumbrados á arrostrar los peligros de tales climas, estuviesen ya de vuelta, en una temporada en que el calor parecía ir en aumento, pues había subido el termómetro hasta 15 grados.

La ensenada de Smearingburgh nos pareció muy expuesta á los vientos del noroeste, que son los más fríos que soplan por aquellas latitudes, y así resolvimos, mientras que el mar era navegable, bogar la costa de la isla hacia el nordeste, en busca de un sitio más resguardado. Fuimos tan felices que encontramos lo que deseábamos, á dos leguas solamente de nuestro primer fondeadero.

Habiendo reconocido esta posición, anclamos aquí por cincuenta brazas de fondo arenoso; en seguida me fui á tierra acompañado del capitán Slapperwack, de David Saunders y de seis hombres de la tripulación. El suelo era pedregoso, y presentaba el horroroso aspecto que caracteriza generalmente á aquellas regiones inhabitables. Una cordillera, eslabonada de montañas, de precipicios y de peñascos, se extendía en aquel país, que al parecer negaba albergue en sus orillas. Entre las montañas se elevan acá y acullá enormes pilas de hielo agolpadas por los torrentes formados del derretimiento de las nieves, cuyo macizo va en aumento por años, al que añaden las aguas pluviales que á menudo se hielan al caer. Estos montones de hielo se ofrecen á la vista bajo los aspectos más extraños y variados de mil maneras distintas.

Cuando el tiempo está despejado y el sol flecha sus rayos, despiden las pilas un vivo reflejo. Ora parecen tan resplandecientes como espejos que reverberasen los purpúreos rayos del sol poniente, ora se tiñen de un azul tan resplandeciente como el zafiro, y algunas veces se engalanan con los variados matices del arco-iris, sobrepajando en brillo al de las piedras más ricas, y deramando por la atmósfera una claridad muy superior á la de los valles de diamantes de la Arabia.

Observamos que la costa se iba elevando por grados hasta la base de la montaña, y encontramos varias corrientes pequeñas que se despeñaban á los valles.

Resguardados los tres frentes de la bahía por la elevación de la costa, resolvimos unánimemente establecernos en este lugar para pasar el invierno, situado por los 78 grados de latitud Norte.

El paraje que escogimos estaba cubierto de enormes peñascos, irregularmente dispuestos sobre la superficie, como si por alguna convulsión violenta de la naturaleza, se hubiesen desprendido de las cumbres. En medio de estas montañas se encontraba una plataforma de unas cien varas cuadradas que, en cuanto pudimos juzgar, estaba al abrigo de los torrentes, porque las aguas que salen de las montañas vierten hacia el sudeste.

Armamos nuestras tiendas en uno de los ángulos de aquel terreno, afanándonos luego en descargar del buque, porque nada había que temer del frío algunas provisiones; pero tuvimos encerrados á bordo nuestros licores espirituosos hasta que tuviésemos un paraje más adecuado que nuestras tiendas para depositarlos. El contramaestre permanecía continuamente en el buque con un número de hombres suficiente para ejecutar la maniobra en caso de mal tiempo; precaución necesaria, á pesar de que habíamos echado tres anclas por doce brazas, y que nuestro fondeadero distase de la playa solo dos tiros de piedra.

Nuestro principal afán fué disponernos un retiro para el invierno. Yo sabía perfectamente que las tiendas y demás construcciones de madera levantadas en la superficie de la tierra solo nos proporcionarían un escaso resguardo, y nos expondrían á quedar burlados en nuestra empresa; sabía que en Groenlandia, en Siberia y Kamtschatká se retiran en invierno los moradores á viviendas subterráneas, y estaba en la íntima persuasión de que no podríamos sobrellevar aquellos fríos sin conformarnos con esta práctica.

De resultas de estas consideraciones, nos pusimos á labrar un socavón de sesenta piés de largo sobre veinte de ancho y cincuenta de profundidad; habíamos llevado para el efecto poleas, cestas y otros utensilios; pero sin embargo, en la ejecución de este trabajo experimentamos más dificultades de las que habíamos previsto; pues á pesar de que solo nos hallábamos entonces á fines de

julio, estaba el suelo helado de seis pulgadas, y quizá no se había deshelado muchos siglos hacia.

Penetrando en la tierra, encontramos diferentes materias, verosíblemente depositadas por aguas estancadas. La parte vegetal ó la costra de la tierra se encontraba en cortísima cantidad, componiéndose de las hebras de las plantas y del excremento de las aves; la segunda capa consistía en casquijo y cantos rodados por la agitación del agua que descansaban en un lecho de arcilla que sin duda no era otra cosa que el sedimento depositado por las aguas cuando cubrían la superficie; mas abajo se encontraba pizarra que yacía en una capa de piedra caliza en la que penetramos muy ligeramente. Si hubiésemos continuado excavando, es probable que hubiéramos descubierto otras capas (como es común en todas las partes del globo) antes de llegar á la primera Peña, que es de jaspe ó de granito, y forma el esqueleto de la tierra.

Con las piedras procedentes de la excavación de nuestro subterráneo, formamos un terramentero regular y casi redondo, que nos pusiese al abrigo de los vientos y las lluvias; y detrás de la pared más alta de nuestra habitación (la que estaba vuelta hacia el mar) excavamos varias zanjas de cerca de dos varas de ancho y de igual profundidad; porque teníamos que temer grandes inundaciones, pues la menor mudanza en el tiempo podía ocasionar el derretimiento de aquellas prodigiosas moles de nieve que nos rodeaban. Dividimos nuestro sótano en tres espaciosos cuartos, levantando á trechos columnas de construcción tosca, pero de gran solidez, llenando los intervalos con velas y telas embreadas, y no dejamos más que una abertura en medio para pasar de una á otra división. En estas columnas apoyamos las vigas principales que habían de sostener nuestra cubierta, haciéndolas descansar por ambos lados sobre tierra, y que habíamos traído ya cortadas para no tener más trabajo que el de colocarlas.

Era esta madera semejante á la que sostiene el tejado de una casa, con la sola diferencia que estaba empotrada en la tierra, en lugar de estarlo en las paredes. En medio de uno de los vertientes de nuestro tejado colocamos un escotillon que se abría por dentro y por fuera, al que subíamos por medio de una escala. También había dos aberturas pequeñas para dar paso al humo. Como carecíamos de ventanas, alumbrábamos con lámparas nuestra habitación, que nos daban á un tiempo luz y calor. Por lo demás, aun cuando hubiésemos tenido ventanas, no podían ser de gran utilidad, puesto que durante seis meses la atmósfera no estaba alumbrada más que por la luna, la aurora boreal y el reflejo del hielo y la nieve.

Cubrimos nuestro maderaje con telas de tienda y velas tendidas unas sobre otras, extendiendo luego en el todo una capa de musgo. Embutimos en la puerta pieles de oso blanco que se propasaban cerca de un pié á los dinteles, de manera que cerrada, era impenetrable al ambiente.

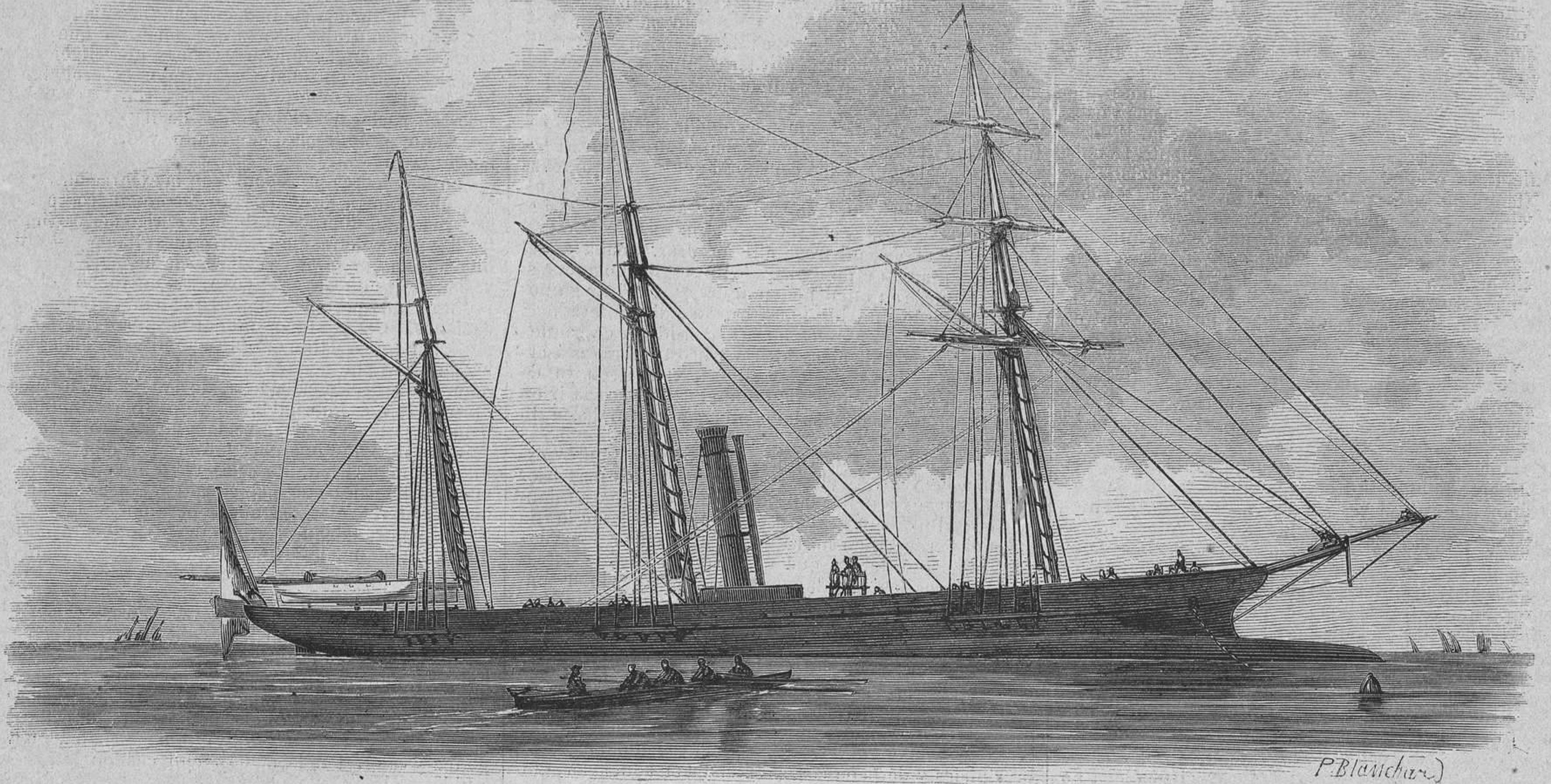
El cuarto de en medio, más espacioso que los demás, nos servía de cocina, y era común á toda la tripulación. El contiguo á la derecha era nuestro estrado, donde dormía yo con los cabos de la gente, y en él estaban depositadas nuestras más preciosas provisiones, tales como la pólvora, las drogas, licores espirituosos, libros, instrumentos, etc. Los renglones más abultados se hicieron en la tercera pieza, que era nuestro almacén.

Para mayor comodidad hicimos varios nichos en los lados de nuestra habitación. Una estufa rusa y nuestras lámparas calentaban el aposento principal, que era el en que yo dormía con los cabos. Siguiendo la costumbre de Groenlandia, al rededor de nuestros cuartos de habitación y á eso de medio pié sobre el suelo, construimos poyos que de día nos servían de asiento, y de cama por la noche.

Mientras que se estaban efectuando en tierra estas faenas, desmantelamos el barco cuanto pudimos: secamos con tiento las jarcias, y las trasladamos á nuestro almacén. No subiendo más de un pié la marea, nos fué un débil socorro para atracar el barco á tierra, lo que solo pudimos conseguir tirándolo con calabotes. Mas amenazando destrozarlo los hielos que se recogían en la bahía, tuvimos que levar las anclas para precaver este fracaso, y expiarlo entre enormes trozos de hielo que formaban en derredor como una pared. Por ser los témpanos tan macizos llegaban al fondo, en donde se clavaron muy pronto, quedando unidos en una sola mole en pocas horas por la marea, sin que hubiese que temer el peligro de su separación por espacio de muchos meses.

Retiramos del agua todas nuestras barcas, colocándolas debajo de un peñasal que las guarecía, y en donde las cubrimos de terruño. En este mismo sitio abrimos un nicho para los perros, que se abrigaron en él mientras duró el buen tiempo, acudiendo á su alimento con la caza; pero luego que el invierno empezó á encrunderse, siendo ya imposible el abastecerlos, tuvimos que albergarlos con nosotros.

Durante todo el verano nos afanamos en gran manera por abastecernos de pescado, abundantísimo en aquellos mares, y para conservarlo teníamos muchos arbitrios, lo que nos proporcionaba cierta variedad de manjares; porque hicimos sacar una parte al sol, que en ciertos momentos no deja de tener mucha fuerza; salamos otra parte y escabechamos algunos en vinagre. Hicimos también un experimento que salió mejor de lo que esperábamos, que consistía en conservar una gran porción de sargas, depositándolas en un agujero, separadas por capas de hielo, y llamábamos este pescado, así conservado, escabeche de Spitzberg. Siempre que,



El aviso el *Renard*, de la Marina imperial.

durante el invierno, cometimos la temeridad de salir de nuestro subterráneo, las encontramos en un estado perfecto de conservación y de un gusto exquisito.

Despedazamos dos rengíferos que habíamos muerto, y conforme se iban helando los pedazos, los depositábamos en uno de aquellos fosos de que acabamos de hablar, donde los encontramos en el rigor del invierno aun frescos, llenos de jugo y de un sabor mucho mas exquisito que el de la carne salada, y así nos convencimos de que el hielo conserva los jugos animales en un estado mucho mas natural que el azúcar, el vinagre ó la sal, que les hacen variar casi enteramente de gusto; porque el rengífero, pescado y caza, conservados por el método que acabamos de expresar, tenían puntualmente el mismo sabor que si fuesen recién muertos; pero conviene observar que, cuando se comen estas carnes después de retiradas del foso, es preciso hacerlas deshelar en agua fría, teniendo mucho cuidado de no arrimarlas á la lumbre y de no lavarlas en agua caliente, pues de lo contrario, sobrevendría inmediatamente la podredumbre.

Nos valimos del mismo arbitrio para deshelar las redomas de vino y cerveza: y si sucedía que el hielo nos llagase, ya las manos, ya el rostro, el mejor remedio en semejante caso era restregar con nieve la parte dañada.

Exponerla al calor no hubiera hecho mas que agravar el mal, y casi estoy convencido de que si se inmergiese inmediatamente en agua fría á los viajeros que se encuentran sepultados debajo de la nieve, muchos se reanimarian, aunque antes de la inmersión no diesen señales de vida, pues yo he observado el hecho siguiente: habiendo sumergido en un cubo de agua fresca varias anguilas que se encontraban en nuestras provisiones, volvieron por grados á la vida, poniéndose á nadar con brio al cabo de un rato, á pesar de que hubiesen quedado sin movimiento por espacio de muchos meses.

Cuando no era precisa mi presencia para disponer las faenas de bordo, me dedicaba á explorar el interior del país, empresa acompañada de tropiezos; no porque se hiciesen temibles las fieras, pues rara vez asoman por aquel país. (Se continuará.)

El aviso francés el *Renard*.

La curiosa muestra de arquitectura naval cuyo dibujo damos, es debida á M. Beleguic, capitán de fragata: es el aviso de la marina imperial el *Renard*, que ha sido construido en Burdeos por los planos de este oficial, á cuyas órdenes hoy se halla.

El *Renard*, que tiene de largo 66 metros, está armado con cuatro cañones, y lleva 74 hombres de tripulación;

una grandísima estabilidad, y atenúa de tal manera el movimiento, que el mareo á su bordo es casi imposible.

El *Renard* se halla actualmente navegando de Rochefort á Tolon, donde va á formar parte de la escuadra de evoluciones. La construcción de otro aviso, el *Bruat*, se modificará con arreglo al mismo sistema, y algunos perfeccionamientos secundarios indicados por la experiencia, aumentarán sin duda en este último buque las cualidades náuticas desarrolladas ya en tan alto grado en el primero. El comandante Beleguic asegura, orgulloso con su éxito, que ya no hay límites á la velocidad de los buques; lo cual quiere decir, que los límites propuestos hasta el día por la ciencia, se han concluido, y van á llevarse mucho mas allá por el nuevo modo de construcción que introducirá profundas modificaciones en las reglas de la arquitectura naval. M. L.



Las ruinas de Sebastopol: estado actual del antiguo Club de la Nobleza.

su máquina de hélice es de la fuerza de 133 caballos. El espolon, muy saliente y afilado, que tiene á proa, no es para combatir al enemigo, sino que se halla destinado á facilitar la marcha del buque, dividiendo el fluido á su paso. Los resultados que ha dado en la prueba; han realizado tan bien las esperanzas del autor de esta ingeniosa invención, que el *Renard* es hasta ahora el único buque pequeño capaz de seguir á la escuadra en todo tiempo.

A esto hay que añadir que el nuevo sistema ofrece

Muy luego se ensancha: estamos en el puerto de Sebastopol. A la izquierda se abre la rada de Inkermann, que se extiende hasta perderse de vista, bañando con sus tranquilas aguas las graciosas sinuosidades de las montañas que la rodean; delante de nosotros está la rada del Sur, que tiene como seis *verstes* de profundidad (seis kilómetros y medio), y que sigue la colina sobre la cual está edificada la ciudad en anfiteatro. Entre estas dos radas se adelanta una lengua de tierra donde hubo en otro tiempo uno de los fuertes mas temibles. A nues-

Las ruinas de Sebastopol.

El cuadro que vamos á bosquejar rápidamente puede considerarse como exacto: es un capítulo tomado de una obra titulada: *las Costas del mar Negro*, que el autor ha compuesto visitando en 1865, á bordo del *Argonauta*, esas regiones teatro de una guerra célebre. Dejemos la palabra al viajero que ha tenido á bien comunicarnos su interesante relato.

El *Argonauta* entró á todo vapor en el angosto canal que conduce á las radas que se extienden en el interior de las tierras. Las fortificaciones del lado Norte se levantan amenazadoras todavía con sus troneras abiertas; á la derecha toda la ribera no es mas que un monton de escombros.

Muy luego se ensancha: estamos en el puerto de Sebastopol. A la izquierda se abre la rada de Inkermann, que se extiende hasta perderse de vista, bañando con sus tranquilas aguas las graciosas sinuosidades de las montañas que la rodean; delante de nosotros está la rada del Sur, que tiene como seis *verstes* de profundidad (seis kilómetros y medio), y que sigue la colina sobre la cual está edificada la ciudad en anfiteatro. Entre estas dos radas se adelanta una lengua de tierra donde hubo en otro tiempo uno de los fuertes mas temibles. A nues-

tro frente, sobre la colina de la izquierda, se alzan los inmensos cuarteles de la marina con su triple hilera de ventanas abiertas, á cuyo través se descubre el cielo. Nada mas triste que este descarnado fantasma de proporciones colosales: es la imagen completa de la ruina.

Un poco mas lejos, á la izquierda, el monte Malakoff, teatro de una lucha tan encarnizada.

Al entrar en la rada se descubren ya los montones de ruinas, y se ve que un velo de luto y de tristeza pesa sobre esta ciudad; pero no es posible formarse una idea de su estado real de desolacion.

En la plaza del desembarcadero están diseminados los restos del antiguo club de la Nobleza, que durante el sitio sirvió de hospital de sangre. Un poco mas lejos el anfiteatro del jardin público, edificado de piedra, está pulverizado con las balas.

El jardin ó baluarte se halla en la cumbre de la colina, y se penetra en él por una puerta edificada en forma de arco de triunfo, que da acceso á unas grandes escaleras dobles con balastradas de mármol. Un poco mas arriba del punto de reunion de las escaleras, se eleva el monumento erigido al almirante Kazaraki, en conmemoracion de una gran batalla naval alcanzada sobre los turcos.

Desde lo alto de este baluarte se descubre una vista magnífica; al Oeste las fortificaciones del lado Norte, la entrada de la rada y el mar con sus matices tan diversos; la línea ligeramente curva que le separa de los cielos, y las velas lejanas que parecen manchas blancas inmóviles.

Al Norte la rada de Inkermann, que penetra á lo lejos en las tierras, limitada á la izquierda por las montañas del lado Norte, donde todos los promontorios están erizados de bastiones, en tanto que en las hondonadas aparecen grupos de variados árboles. A la mitad de la cuesta está el cementerio ruso llamado de los Cien Mil, con su iglesia en forma de pirámide, y en el fondo, y muy lejos, montañas de nieve de los mas caprichosos contornos.

Al Este la rada del Sur, separada de la de Inkermann por una lengüeta cargada de escombros de las derruidas fortificaciones; algunos buques anclados; la catedral con sus verdes cúpulas recién restauradas y sus muros blanqueados. En medio de todas estas ruinas produce el efecto de la capilla de un gran cementerio; mas lejos los cuarteles de marina, de los que solo quedan las paredes, y sobre todo esto el cerro de Malakoff.

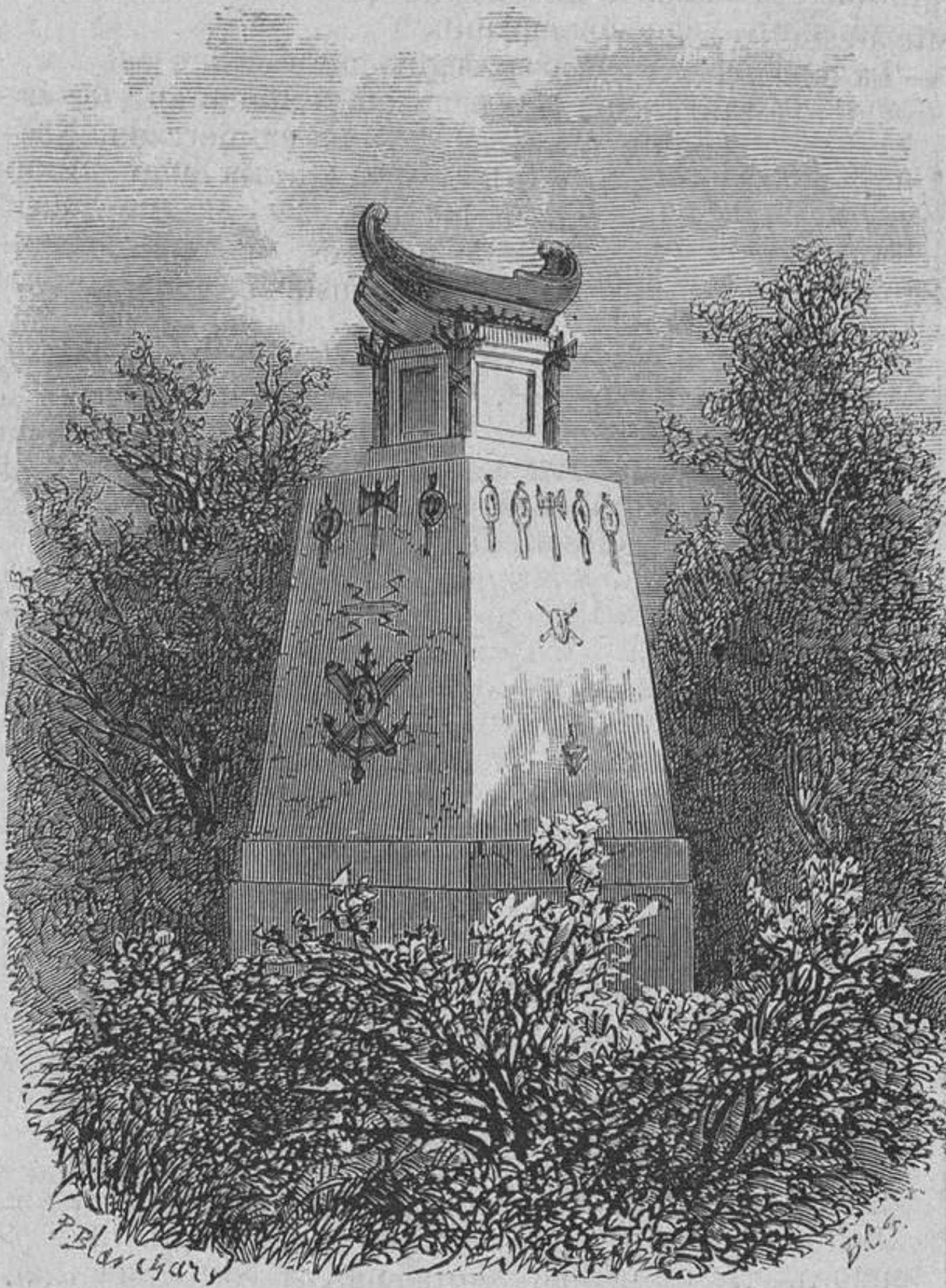
¡Cuán bello y grande es el espectáculo! Al contemplar este paisaje, se siente uno trasportado de la felicidad de admirar, y sin embargo, el cuadro inspira una tristeza profunda: ¡esas casas, esas ruinas, esos muros

dor de todo esto, un silencio de muerte! Sobre la rada no se oye mas que el ruido acompasado de algunas máquinas de vapor dirigidas por operarios ocupados en arrancar del mar algunos restos de los buques echados á pique. De aquella hermosa flota, la reina del mar Negro y el orgullo de la Rusia, solo quedan los cascos descarnados, algunas tablas ennegrecidas por el agua, y hierros torcidos y cubiertos de moho.

Se siente una impresion de religiosa veneracion cuando se recorren esas calles silenciosas y desiertas, llenas de negras ruinas que parece deben hundirse al menor soplo de viento; se cree uno en un templo, y teme hablar en alta voz, para no insultar á los imponentes recuerdos de una vida que ha cesado, pues lo mismo que un ser vivo, una ciudad, un monumento, tiene su infancia, su vejez, su muerte y su sepulcro. El Sebastopol actual está bien muerto. Nada vive ya en la gran ciudad; gracias que, como la flor que brota entre las piedras tumulares, de tiempo en tiempo una casita blanca se levante con timidez entre un monton de ruinas; casi siempre esta casita sirve de habitacion á un empleado. La historia del memorable sitio se halla escrita á cada paso en caracteres de hierro y de bronce, y entre ellos se distinguen, trazadas al carbon, algunas de esas grotescas caricaturas que se ven en los muros de Paris. Todo esto se halla tan bien conservado, como si hiciera pocos dias que habia evacuado la ciudad el ejército conquistador.

Por una cuesta de pendiente bastante suave se sube al cerro Malakoff, que al primer pronto no presenta mas que una masa informe de tierras: la cumbre es una meseta bastante espaciosa cuyo pedregoso suelo parece haber sido removido en todos sentidos. Muy luego llegamos á la gola de la obra, que era un hondo foso que rodeaba la torre, la cual no se distingue sino del interior, pues está enterrada hasta el primer piso. Despues de la toma del cerro, cegaron el foso los miles de victimas sacrificadas á la toma y á la defensa de este punto importante.

En marzo de 1865 asistí á la inhumacion de los soldados franceses muertos durante la campaña. Estas obras, ordenadas por el gobierno francés, y dirigidas por un capitan de ingenieros, tuvieron por objeto desenterrar todos los cuerpos para reunirlos en un vasto campo santo situado á siete verstes de Sebastopol, poco mas ó menos en el sitio que ocupaba el antiguo cuartel general francés.



Monumento de Kazaraki, en Sebastopol.

abiertos, esos montones de escombros; y luego en la ribera, pirámides de balas, de bombas y otros proyectiles rotos; los cañones, los obuses medio enterrados en la arena, las anclas de colosales dimensiones, y en derre-



Las ruinas de Sebastopol. — El cerro Malakoff y la catedral, como se hallan actualmente.

Es un cuadro de poco mas de una hectárea, rodeado de altas paredes, cuya entrada forma una doble reja de hierro, que gira sobre columnas adornadas con urnas. En medio se eleva el monumento del estado mayor general (cuerpo de estado mayor, intendencias, capellanes): los nombres están grabados en grandes placas de mármol blanco. Al rededor y á lo largo de las paredes, hay monumentos mas pequeños, pero del mismo estilo, para cada division, y el interior está dividido por regimientos. Los huesos se han agrupado cuidadosamente: los de los oficiales están encerrados separadamente en cajas de encina, con una placa de cobre que indica los nombres. En el exterior del monumento (que se cierra con una puerta de bronce) aparecen grabados todos los nombres en lápidas de mármol blanco incrustadas en el muro.

A la entrada del cementerio se ve una casita perfectamente instalada, que sirve de habitacion al guarda. Es este un capitán retirado, caballero de la Legion de Honor, que despues de haber hecho toda la campaña de Crimea, hizo la de Italia, y salió herido en Solferino: él mismo ha solicitado el favor de terminar su carrera cuidando de los gloriosos restos de sus compañeros de armas, á cuyo lado combatió tan valerosamente.

P. P.

Los dos penados.

NOVELA ALEMANA

POR FEDERICO GERSTÄCKER.

(Continuacion.)

— ¿Sabeis, dijo Mac-Donald, que una de sus tribus está acampada cerca de la ribera, á media hora corta de distancia de aquí?

— ¡De veras! no, lo ignoraba, dijo Powell, pero hubiera podido adivinarlo con facilidad. Esta tarde acamparán, pues, cerca de nosotros y podremos asistir á sus danzas. Podeis estar seguro que los negros no están lejos cuando nos llegan las provisiones. Como el ave de rapiña ó el perro salvaje que olfatea un cerroño en la selva, esos hombres astutos adivinan el momento en que los colonos han recibido provisiones de refresco y saben muy bien que siempre sacan de ello algun beneficio.

El momento en que el colono acababa de pronunciar estas palabras, llamaron á la puerta y en cuanto contestó: «¡Entrad!» asomó una cabeza: era la del administrador de la colonia, M. Bale, que apareció en el umbral de la puerta. Despues de haber dirigido un saludo á la familia de Powell, como tambien al extranjero, anunció que una tribu de los negros *Bufos*, los mismos que el año anterior se habian establecido en las inmediaciones, y que al partir habian robado media docena de carneros, tornaba al parecer sus disposiciones para levantar sus *gunyos* (1) cerca de la granja.

— ¡Oh, oh, conque ya los tenemos ahí! dijo Mac-Donald sonriendo; entonces han venido siguiendo mis pisadas.

— ¡Yo lo creo! esos pícaros negros se presentan en seguida que olfatean el tabaco ó el pan, contestó el administrador. ¿Dejaremos á esos demonios pernoctar pacíficamente en nuestro territorio? Soy de parecer que valdria mas tenerlos á una respetable distancia.

— ¿Cuál puede ser su número? preguntó Powell.

— No es muy considerable, contestó M. Bale. Habrá unos diez hombres, quince ó diez y seis mujeres y otros tantos niños. El viejo hechicero tambien está con ellos, y se rebulle mas que nunca. Ese tuno es mas fuerte que una encina.

— Yo compadezco á ese pobre hombre, dijo mistress Powell en el momento en que sus hijas salian para dirigir una ojeada hácia el lado donde estaba el campo de los negros. No los molestes, John, no permanecerán aquí mucho tiempo. ¡Pobres gentes! ¡cuán contentos deben estar al volver á ver viviendas humanas y poderse establecer cerca de nosotros!

— No creais eso, querida señora, repuso el administrador; esos miserables desprecian las casas de los blancos tanto como á los que las habitan. Si por casualidad encuentran una choza abandonada, acamparán al aire libre mas pronto que entrar en ella, aun cuando llueva á torrentes. Si penetran en ella algunos instantes, no es mas que para buronearlo todo y ver si encuentran algo á mano para robarlo, y entonces todo lo revuelven. ¡Oh, si yo pudiera obrar con toda libertad... pero no importa!... ¿Qué es lo que vamos á hacer, señor?

— Dejados tranquilos, contestó bondadosamente M. Powell; si nos importunan, nos desembarazaremos de ellos muy fácilmente. Aquí hay una carta para vos, señor Bale, continuó el colono yendo hácia la mesa; creia que era una y son dos; si deseais leer esta noche los periódicos, están á vuestra disposicion.

— Os doy infinitas gracias, contestó el administrador

recogiendo las cartas con aparente indiferencia y abriéndolas despues de haber dirigido una rápida mirada al sobre, mientras sus ojos brillaban y su curtido rostro, cuyas megillas estaban mas bien descubiertas que ocultas por una barba poco espesa, tomaba una expresion de contento. Eran cartas escritas por personas de su familia, y M. Bale, lo mismo que los demás, no podia resistir á este vencedor encanto.

— La lana está en alza, segun me escriben, dijo disponiéndose á salir, y me aseguran tambien que los caballos se han vendido muy bien en el mercado. Nosotros deberiamos pensar en llevar allá un buen número, en cuanto nazca un poco la yerba. Lo que hacen otros, tambien podemos hacerlo nosotros, y no deberemos tener vergüenza de exhibir la robustez de nuestros caballos en el mercado de Adelaide.

— Ya habia pensado en ello, querido Bale, contestó Powell; de todos modos, no corremos ningun riesgo. ¿Vos podriais decirnos tal vez, señor Mac-Donald, cuáles eran los precios cuando salisteis de Melbourne? Las noticias que yo he recibido son un poco atrasadas.

— Los precios se mantenian en alza, replicó el joven; á lo menos, añadió sonriendo, para los que tienen caballos por vender. Los compradores se ven obligados á ofrecer precios muy elevados.

— Vos montais un magnífico caballo tordo, repuso el administrador volviéndose hácia el forastero. ¿Puedo tomarme la libertad de preguntaros cuánto habeis dado por él? Os suplico que excuseis mi indiscrecion, añadió, viendo que el joven se sonrojaba ligeramente. Poco importa lo que os haya costado; yo deseo solamente saber qué es lo que en vuestro juicio vale hoy.

— ¡Oh! yo os diré tambien lo que me ha costado, repuso Mac-Donald. En nuestras selvas y en todas las plantaciones, estamos siempre prontos á vender nuestros caballos, con tal que podamos sacar de ellos un buen producto. Pero si preguntais cuánto ha costado un caballo, esta es una cuestion un poco delicada, á la cual se contesta raramente con franqueza, sobre todo si se quiere y hay confianza de revenderlo. Yo no negocio en caballos, continuó Mac-Donald, y por consiguiente, no tengo interés en ocultar lo que me ha costado el mio. Lo he adquirido con la brida y la silla, por quince guineas.

— En verdad no es muy caro, siendo un buen caballo, replicó el administrador; pero nosotros podriamos contar vender los nuestros, por término medio, á ocho guineas cada uno. ¿Quince guineas es lo que os han pedido?

— No, eso es lo que yo he ofrecido, y el tratante no ha hecho ninguna objecion.

— Lo creo bien; es una bonita suma, aun cuando no sea ningun capital. ¿Sabe salvar los obstáculos vuestro caballo?

— Como un gamo, y apenas bebe una vez durante la jornada.

— Entonces es un magnífico animal para vivir en nuestros bosques. Si tuviera una granja propia os suplicaria que me le cediérais.

— ¡Bien! cuando esteis establecido, tal vez haremos un trato, replicó Mac-Donald sonriendo.

— Cuanto mas pronto mejor, añadió Bale saludando y saliendo de la habitacion.

El administrador de la colonia habia dirigido apenas la palabra á las señoras; pero sin embargo echaba de cuando en cuando ojeadas rápidas al soslayo, procurando contemplar en el espejo sus esbeltos talles, y se hubiera dicho que su atrevimiento le causaba rubor.

Cuando Bale desapareció, se habló durante algun rato de caballos, de ganados, del precio de la lana, y finalmente de asuntos importantes para los que viven en los bosques, pero muy pesados para aquellos cuyos intereses no están ligados con ese género de negocios. Bien pronto, no obstante, las señoras tomaron parte en la conversacion y la dirigieron á su placer. Sarah desenvolvió los libros unos tras otros y su vista colmó uno de los mayores deseos de la joven.

El destrozo causado por la bala en uno de los tomos, el de *Lalla-Rook*, no era de importancia. El plomo que habia rasgado la cubierta, el título del libro y algunas de las primeras hojas del *Profeta encubierto*, quedó en manos de Sarah cuando la joven le abrió.

Mac-Donald cogió la bala, la miró un momento, y ya iba á meterla en el bolsillo, cuando Sarah le cogió por el brazo y le rogó que se la entregara.

— Esta bala forma parte del libro, le dijo con marcada intencion, y el regalo no seria completo, si no me fuese permitido guardar ese instrumento de muerte.

Mac-Donald contempló largo rato con una atencion particular á la joven, que se ruborizó ante aquella mirada. Al parecer él no tenia gran deseo de desprenderse de aquel pedazo de plomo; pero no obstante, alargó lentamente la mano á Sarah y le entregó la bala con cierta expresion de tristeza:

— Cúmplase vuestro deseo, miss Powell. Tal vez es mejor que os la entregue, porque aun podria serme fatal.

— ¿Sois supersticioso? preguntó Sarah tomando la bala que le presentaba Mac-Donald y mirándole con la sonrisa en los labios.

— Un poco, contestó Mac-Donald. Soy apasionadamente aficionado á la caza, y tambien soy casi medio marino; y es cosa sabida que los marinos y los cazadores son mas ó menos supersticiosos, aunque no quieren confesarlo. Es casi una consecuencia precisa de la profesion.

— Ahora, por favor, decidnos dónde fuisteis á parar cuando nos dejasteis, y sobre todo procurad excusaros

por no haber hecho de modo que tuviéramos noticias vuestras. Podeis creerme bajo mi palabra, al manifestaros que sentiamos gran inquietud por vuestra suerte. Estábamos realmente alarmados temiendo que os hubiera sucedido alguna desgracia en el camino, y suponiamos que habriais sido maltratado por los malhechores que se guarecen en el bosque ó por los negros.

— Hablando francamente, con dificultad puedo decir adónde fui ni adónde dirigí mis pasos, repuso Mac-Donald. Mi plan era, como ya sabeis, fijarme en cualquier parte en calidad de *squatter* y levantar allí un edificio. Regresando á Melbourne, oí hablar casualmente de una magnífica propiedad, de gran provecho para los que crían ganado, y segun decian era un paraíso para los carneros y los bueyes. Pero el elogio de todos los pastos bien regados se encuentra en todos los periódicos de la ciudad, como tambien en los labios de los colonos que tienen deseo de vender; y soy tambien de opinion que lo que se cuenta sobre las minas de hulla recientemente descubiertas acabará por no tener mas fundamento que las palabras dichas por un entusiasta de los descubrimientos ó un caballero de industria. A pesar de mis reflexiones y á despecho de toda mi experiencia respecto á esto, reconocí muy pronto que habia sido engañado, que habia hecho un mal negocio y pasado una temporada demasiado larga y muy fastidiosa en los bosques de malley, con dos compañeros de mala suerte. Muy pronto los negros empezaron á perseguirnos, y solo venciendo grandes dificultades escapamos al peligro de morir de hambre ó traspasados por sus lanzas de madera: uno de mis camaradas recibió una terrible herida, que felizmente no fué mortal.

— ¿En qué parte del pais viviais de esa manera? preguntó M. Powell, que en su calidad de colono, tomaba un interés muy particular en esta narracion relativa á nuevos pastos.

— Era entre el Hindmarsh y el lago Curon, contestó Mac-Donald.

— Siempre me figuré que se descubrirían por allí algunos fértiles valles, dijo M. Powell separándose de la silla donde habia estado sentado. ¿Segun eso no habeis hecho nada bueno por allá?

— Habia un sinnúmero de tribus negras y no teniamos ni una gota de agua para nosotros ni para nuestras bestias. Solo á nuestro regreso á Hindmarsh pudimos llenar nuestros frascos y conceder algun descanso á nuestros caballos.

— ¿De ese modo no habeis penetrado muy lejos hácia el interior? Estoy convencido de que debe haber manantiales y excelentes tierras en alguna parte de aquel pais entre los dos lagos. Hubiera experimentado un gran placer en hallarme en vuestra compañía.

— Consideraos por el contrario muy feliz en no haber ido con nosotros, repuso Mac-Donald gravemente. No quisiera volver allá por todo el oro del mundo.

— ¿Habreis tal vez renunciado á la idea de buscar terrenos convenientes y buenos pastos, preguntó mistress Powell con gran interés, ó bien habeis vuelto aquí á nuestro encuentro con igual designio?

— Hé ahí una pregunta mucho mas indiscreta que la de M. Bale sobre el precio del caballo, replicó M. Powell. Ya sabes, querida, que para los colonos en general no hay secreto mas importante en el mundo que la indicacion del sitio en que piensan fundar un establecimiento.

— Si, eso es muy cierto, pero no cuando se trata de vos, replicó Mac-Donald alargando la mano al anciano, que la estrechó amistosamente. A vos puedo confiaros que mi intencion es fijarme en las riberas del rio Murray, sin embargo de que los mejores terrenos han sido ya ocupados con antelacion.

— Os juro que nada en el mundo podria causarme tanta satisfaccion como el que seais mi vecino, repuso Powell. Con demasiada frecuencia hasta este dia hemos tenido entre los colonos establecidos á nuestra intermediacion, una clase de hombres que eran muy inferiores á nosotros, no solo por la educacion sino tambien por su conducta: aun cuando estemos animados de las mejores intenciones, nos es imposible ligarnos á ellos, aunque no podamos evitar toda especie de relaciones fortuitas. Nada seria pues mas agradable ni contribuiria tanto á hacer feliz nuestra actual posicion. Habrá bastante terreno para nuestros rebaños. El pais es dilatado, y cuando nuestro ganado se haya multiplicado lo bastante para obligarnos á ir á establecernos en otra parte, no tengo la menor duda de que encontraremos un pais mas vasto. ¿Los hijos no se separan ordinariamente del hogar paterno cuando llegan á la edad de la razon? Vamos, vamos, señor Mac-Donald, bebamos á la salud de nuestra buena alianza, añadió, en el momento en que Sarah, que habia salido á una ligera indicacion de su madre, volvia con una botella de vino de España y algunos vasos que M. Powell llenó presentándolos á su huésped.

— ¡Oh! con mil amores, repuso el joven lanzando un profundo suspiro y vaciando un vaso.

En este momento un *coo-ech!* ese grito de que se valen los negros para llamarse unos á otros, y que algunos de los blancos del interior han adoptado tambien, se dejó oír á la parte de afuera.

— ¡Ah! ya tenemos ahí á nuestros vecinos de la piel negra, dijo M. Powell riendo. Estaba bien seguro de que no tardarian en aprovecharse del permiso de poder venir á la granja. Despues de todo, jamás me han hecho ningun daño, á no ser en el momento de partir: mientras permanezcan en estas inmediaciones no hay cuidado que toquen á nada que no les pertenezca.

— Pero obrando al retirarse como lo han hecho ya en

(1) Este es el nombre que se da al techo de cortezas de árbol con que cubren las cabañas los aborígenes de la Australia.

muchas circunstancias, me parece que se exponen á una recepcion un poco brusca cuando vuelven á visitarnos, repuso Mac-Donald.

— ¡Oh! no piensan jamás en ello, dijo M. Powell. Sin embargo, por muy relajadas que estén sus costumbres, reina entre ellos una especie de código. Segun lo que he observado durante el tiempo que he pasado en estas comarcas, me inclino á creer que hay entre los negros una especie de derecho de prescripcion, en virtud del cual, cualquiera falta, leve ó grave, no se castiga, cuando ha trascurrido un término de algunos meses. Así pues, yo citaria varios casos en que algun negro ha desaparecido repentinamente despues de haber asesinado á un blanco, y en que todas las pesquisas practicadas para encontrarle han sido infructuosas. Seis meses despues, los asesinos han vuelto, mostrándose completamente tranquilos, y se han presentado á la justicia como si no hubieran hecho ningun daño. Algunos de ellos hasta se han entregado voluntariamente en manos de sus enemigos, y cuando se les ha interrogado, se han mostrado indignados al parecer de que se ocuparan de un asunto que contaba la larga fecha de seis meses.

— Lo que acabais de contarme me explica algunos actos de esos salvajes, observó Mac-Donald. Pero ¿no quereis venir á hacerles una visita? A deciros verdad, me ha ocurrido hoy, en el momento en que pasaba á caballo cerca de la tribu, rogar á dos ó tres de esos individuos que me acompañaran al bosque para buscar algunos caballos extraviados.

— No os aconsejo que os fieis de ellos, dijo Powell con seriedad.

— Por amor de Dios, no tengais tratos con esos demonios, exclamó mistress Powell. Todos ellos son unos traidores, sin exceptuar á los mas buenos, y estad seguro que sean las que quieran las obligaciones que cualquiera de ellos pueda haber contraido con vos, no serian prudente quedarse solo con él y mucho menos volverle la espalda. Si tiene su clava en la mano, no resistirá ni un momento á la tentacion de asesinaros.

— En lo que acaba de deciros mi esposa, añadió Powell, hay ciertamente un gran fondo de verdad. En el canton de Sidney, en época que estaba mucho menos poblado que en el día, cuando yo empezaba á criar carneros, tenia por vecino un escocés, muy amigo de los negros, que llevaba constantemente á su lado un negro de diez y seis años, á quien habia salvado la vida siendo niño. A decir verdad, el muchacho le mostraba mas adhesión de la que yo habia observado jamás en un negro por un blanco. Un día, el escocés se fué al bosque con el negro con objeto de derribar un árbol. De pronto se vió volver al negro corriendo hácia la granja: tenia en la mano una hacha ensangrentada, gemia y se lamentaba, daba muestras del mas sincero arrepentimiento y del mayor dolor. Se acusaba á sí mismo de haber dado muerte á su amo. Segun su propia declaracion, se encontraba en pie al lado del infeliz á quien habia asesinado, teniendo el hacha en la mano, y no habia podido resistir á la tentacion de matarle mientras le volvia la espalda. Al golpe habia seguido una muerte instantánea. El negro demostró al principio un grandísimo arrepentimiento por haber dado fin á la existencia de su bienhechor. Se dispuso su arresto, pero encontró medio de evadirse y no se le volvió á ver jamás en el pais.

— Esos son casos especiales, repuso Mac-Donald. Yo podria, en contraposicion, citar ejemplos de negros que han sido fieles y honrados, á lo menos durante un buen número de años. Yo me guardaré de asegurar que sea prudente fiarse siempre de ellos; pero no abrigueis ningun temor respecto á mí. Si yo llevo conmigo un negro al bosque, yo elegiré á mi hombre y vigilaré para que sea interés suyo permanecerme fiel.

— Si teneis semejante habilidad, ya estais salvado, añadió M. Powell riendo y tomando su sombrero de paja. Ahora, si no teneis inconveniente, iremos á ver á los negros que establecen ya sus tiendas y encienden las hogueras. Si no ocurre nada de particular, estaremos de vuelta á la hora de comer.

Cogiendo á su huésped por el brazo, M. Powell le condujo por la avenida que habia enfrente de la casa, en direccion de la espesura, á la derecha de las obras exteriores donde el ruido de las clavas y el aullido salvaje de los perros anunciaban la presencia de los negros.

III.

EL CAMPAMENTO DE LOS NEGROS.

Sobre las orillas del Murray á cuatrocientos pasos de la habitacion de M. Powell, se elevaban los primeros árboles de la selva. Gigantescos gomeros aislados estaban desparramados allí como en un parque; la tierra estaba fuertemente apisonada, de manera que la yerba no podia crecer en aquel sitio. En diferentes parajes, pequeños arbustos, llamados árboles de té, por razones enteramente desconocidas, formaban espesos matorrales con sus prolongadas ramas, sirviendo de abrigo á la lujuriosa vegetacion. La elevacion del árbol anunciaba la proximidad del agua, aun cuando no se dejara oír en medio del follaje al alegre retintín metálico del gracioso pajarillo cantor, cuya presencia es indicio seguro de un oculto manantial.

Muy inmediato al estrecho lindero de los bosques que se extendian en la direccion de las colinas de malley, se divisaba una pequeña altura arenosa y casi desnuda de vegetacion que formaba el limite occidental de la

granja. Al pié de esta altura, abrigada por los árboles de la goma, la tribu de que hemos hablado en el capítulo precedente se ocupaba con afan en desnudar de su corteza á los árboles mas corpulentos, con objeto de construir sus chozas.

Los dos caballeros debian todavia andar cerca de la tercera parte del trayecto, cuando una multitud de perros, que parecian mas bien esqueletos vivientes que animales, se lanzó hácia ellos desde el centro de los matorrales, ladrando furiosamente y poblando los aires de la selva con sus aullidos, semejantes á los de los lobos. Estos perros pertenecian á los negros, y hubiera sido en verdad muy difícil, si no imposible, reunir en cualquier parte del mundo una coleccion mas numerosa de perros horribles, sarnosos, descarnados y medio muertos de hambre. Con mucha dificultad se hubiera podido decir cómo se manejaban para mantenerse, porque los negros apenas encontraban en la selva con qué subvenir á su manutencion y á la de sus familias. Los kanguros empezaban á escasear en esta parte del bosque, y si sus hambrientos perros no consiguieran de cuando en cuando sorprender algun *dingo*, un ciervo ó un gamo, de los que se comian hasta la piel y el pelo, no tendrian otro recurso que imitar á sus amos, que en caso de necesidad, elegian uno de sus camaradas, le mataban y lo devoraban.

Estos perros eran de mucha utilidad á los negros, pues les ayudaban en la caza de los didelfos, de las semivulpejas, de los *wallobies* y hasta algunas veces de los kanguros, de los cuales devoraban las entrañas. Cuando les faltaba esta presa no les quedaba otro medio, como á sus dueños, que buscar su alimento en la tierra comiendo gusanos ó insectos, ó lo que es mas, á mantenerse del aire como verdaderos sibaritas.

M. Powell y su compañero se mantuvieron inmóviles y cada cual se armó de un palo para defenderse contra los ataques de aquellos animales. Al mismo tiempo el colono miraba en derredor de sí buscando á sus perros; pero Jorge, que se habia ido hácia el lado del rio, los habia llevado consigo. Los negros no tardaron en apercibirse de la presencia de sus visitantes; por otra parte conocian personalmente al dueño de la granja, y de pronto, como si hubieran brotado de la tierra, cinco ó seis jóvenes se lanzaron en medio de los perros, tirándoles á la cabeza y á las piernas todos los troncos de árbol que hallaron á mano, y esto con tan buen tino, que los animales, aullando con todas sus fuerzas, se dispersaron en todas direcciones con el rabo entre las piernas, dejando libre paso á los blancos.

A pesar de que hacia muy poco rato que los negros se encontraban en aquel sitio, su campo estaba ya establecido. Los hombres habian arrancado largas tiras de corteza de los gomeros mas próximos, con auxilio de las pequeñas hachas de que iban provistos; las mujeres habian arrastrado aquellos pedazos de corteza hasta el lugar designado, colocando tres ó cuatro de aquellas tejas contra el viento, de manera que todo terminara en punta. Contra esta punta, un poco inclinada, se habia colocado una pértiga en direccion oblicua, de manera que formara una especie de techo, y de este modo el campamento, la cama y la casa estuvieron arreglados insensiblemente.

A decir verdad, aquellos pedazos de corteza no protegian á los salvajes mas que por un lado contra las ráfagas de aire, las aguas pluviales y los abrasadores rayos del sol. La tierra árida, encima de la cual tendian raramente una manta, servia de lecho á aquellos intrépidos hijos de las selvas, que acostumbrados á despreciar el viento, se inquietaban muy poco por lo que podia molestarles. Con tal que tuvieran víveres para satisfacer su apetito, sin reparar en la clase de alimentos, se mostraban satisfechos, importándoles muy poco todo lo demás.

Desde el momento en que los negros impidieron á sus perros que se echasen encima del propietario de la granja, no hicieron ningun caso de él. Se les habia permitido levantar allí sus tiendas, luego lo demás era una consecuencia muy natural. Por otra parte tenian mucho que hacer antes de que llegara la noche, para que estuviera todo en orden en sus ligeras chozas. Cuando los pedazos de corteza estuvieron colocados regularmente, encendieron hogueras delante de cada *gunyo*, con objeto de preparar la comida, aunque á excepcion de un *wallobis* y de dos didelfos, no se veia por allí ningun otro manjar.

Las selvas de la Australia ó *matorrales*, como se les llama, son una triste mansion para el negro, y le facilitan muy pocos recursos fuera de la leña y de la corteza de que se sirve para guarecerse de la intemperie. Apenas se encuentran frutas silvestres. Las escasas bayas que por su forma y color se asemejan á ciertas frutas no son buenas para comer, porque son duras y secas como un leño ó harinosas y blandas. La primera especie se llama pera de Australia, y la segunda frambuesa. La cereza de Australia, que tiene el corazon duro, es tambien un granito insípido que no vale verdaderamente nada para comer. Tal es en resumen la lista completa de las frutas que se encuentran en los bosques de la mitad de una parte de la isla que se extiende al Sur de la Australia. Los naturales del pais se ven pues reducidos á recurrir á los insectos para remplazar las frutas que la tierra les niega, así es que no respetan ni las larvas, los escarabajos, los gusanos, el pulgon ni las orugas. Una especie de acacia proporciona tambien á aquellos hambrientos una resina muy nutritiva: las mujeres son las que están encargadas particularmente de la recoleccion y de guardarla en sacos. Añadiremos á todo esto que su principal alimento consiste en una

especie de planta crasa, guarnecida de espinas triangulares y carnosas, de una forma casi semejante á la de una lima, que conserva el tallo aun durante las mas grandes sequias. En los parajes pantanosos se encuentran otras raices y una especie de berzas ó coles que los naturales recogen muy cuidadosamente para su consumo. En una palabra, los australianos comen todo lo que encuentran, y hasta los gomeros se verian despojados en breve y ofrecerian á la vista un aspecto muy deplorable, si su follaje no fuese desdeñado por ellos, atendido su sabor picante y aceitoso que les protege contra la voracidad de los hombres y de los animales.

Los *gunyos*, ó tiendas de corteza de árbol, se veia que habian sido construidas debajo de los árboles sin ninguna simetria. Sus techos estaban todos colocados en direccion opuesta al lado de donde soplaban el aire. Una sola de aquellas chozas estaba construida al parecer con mas esmero que las demás. Su techo, de forma enteramente circular, era un poco mas bajo y tenia una pequeña abertura en el frontis. Esta tienda estaba separada de las demás, y los perros, contenidos al parecer por un secreto terror, describian un gran círculo para no pasar por cerca de ella.

En esta tienda se abrigaba uno de los seres mas notables que se pudiera encontrar entre las tribus salvajes. Era este un hombre tullido de todos sus miembros á consecuencia de una extraña enfermedad que se padece en Australia. La carne de sus brazos y de sus piernas, pero sobre todo de un brazo y de una pierna, desaparecia bajo una piel muy arrugada, dando al miembro enfermo la apariencia de un hueso de esqueleto cubierto de goma elástica. Esta enfermedad podria calificarse de *elefantiasis* negativa, porque si el resultado no es el mismo, á lo menos las causas son tan singulares como las de la expresada enfermedad.

Esta, muy comun entre los habitantes de las islas del mar del Sur, se atribuye á la humedad del suelo sobre el cual duermen. Es, sin embargo, muy extraordinario que la misma causa produzca efectos diametralmente opuestos en dos paises poco apartados uno de otro ó que á lo menos están bañados por el mismo mar. En el uno la enfermedad causa una hinchazon de piernas y brazos, en disposicion de igualar su grueso al del resto del cuerpo, poniendo tan tirante la piel como el parche de un tambor; en el otro, la carne desaparece enteramente, y esta disecacion se completa con la de los músculos y de los nervios, tanto que la piel contraida llega á adherirse fuertemente á los huesos.

Los negros atribuyen esta enfermedad á circunstancias sobrenaturales y al poder de los malos espíritus que corrotean durante la noche, y que con aliento ávido chupan la sangre de los desventurados seres que hallan á su paso. Si, como sucede ordinariamente, es un solo miembro el atacado, sea brazo ó pierna, el enfermo sobre el cual se supone que el mal espíritu ha ejercido su influencia, pasa bastante tranquilo su vida, y hasta llega al parecer á fijar tan poco su atencion en este accidente como su vecino del mar del Sur no se acuerda de sus piernas hinchadas á punto de reventar.

El negro de la tribu de los Rufos, cerca del cual conducimos á nuestros lectores, ofrecia un aspecto mas horroroso: el espíritu maligno le habia privado del uso de las dos piernas; por lo que no podia andar ni mantenerse en pié. Aun cuando la parte superior de su cuerpo, desde la cabeza hasta el hueso de la cadera, estuviera completamente sana y hasta parecia estar llena de vigor, aunque su ancho cuerpo ofreciera vastos contornos y sus brazos fuesen musculosos, sus pobres piernas estaban desecadas como las de un esqueleto. No podia moverse sin el auxilio de las manos, y esto lo hacia sin dificultad, cruzando las piernas una sobre otra. Durante las largas jornadas, los de su tribu, cuando el camino lo permitia, le sentaban sobre una especie de plancha formada con cortezas de árbol de la que tiraban las mujeres, y de esta manera caminaba.

Los lisiados y sobre todo los ciegos, no gozan de gran consideracion entre los negros. Este hecho está suficientemente probado, pues eligen por jefes y mandarines los mas ancianos y los mas robustos de entre la tribu, mientras los demás se ven reducidos á una obediencia absoluta. La posicion de ese desgraciado, que parecia privado de todo medio de proveer á su subsistencia, era muy diferente de la de los otros: no solo la tribu entera le mostraba el mayor respeto y le guardaba las mayores consideraciones, sino, lo que es mas, todos le consideraban como ocupando un rango mas elevado, porque al decir de los individuos de la tribu estaba en relaciones con los espíritus.

Este hombre poseia en efecto un talento poco comun. Su tribu mantenía muy pocas relaciones con los blancos, y no obstante, él tenia nociones suficientes de la lengua inglesa para hablarla correctamente y hasta casi con facilidad. Tambien, sea por esta razon, ó á causa de su pretendido comercio con los espíritus tenebrosos, de los cuales era compañero inseparable, y cuyos deseos comunicaba á los naturales sus compatriotas, habia recibido de ellos el nombre de *Nguyolloman*, que queria decir intérprete, y el título de honor *Burka*, que significa anciano. No entraba jamás en el campamento un botín, ni gordos kanguros, semivulpejas, ni sacos de resina, ni cesto lleno de gusanillos blancos como la nieve, sin que él obtuviera su parte: se hubiera dicho que era á la vez un impuesto al que tenia derecho, y una muestra de deferencia que le era debida.

Nguyolloman recibia todo esto con indiferencia, y hasta llegaba á exigir un gran respeto á las gentes de su tribu. A nadie, fuese la que quisiera su condicion, era permitido moverse, cuando solo, bajo su choza de

corteza, hacia oír su sonora voz, como tampoco cuando cantaba sus mágicos himnos bajo el sombrío follaje de las selvas. Entonces se oía el aullido de los perros que acompañaban su voz. Los negros temían al tullido, que cuantas veces se acercaban á su choza, les arrojaba piedras y pedazos de tronco, apuntándoles al rostro y acertándoles siempre con infalible destreza. En cuanto los conjuros de Nguyolloman resonaban con siniestro acento, mezclándose con los aullidos de los animales asustados, la tribu entera aguardaba con ansiedad el término de sus cánticos. Un niño no se hubiera atrevido á llorar; solo se veía de cuando en cuando alguna mujer que se arrastraba tímidamente y con precaución hacia el lado de la hoguera para echar leña, á fin de que no se extinguiera la llama. Si por casualidad esto hubiera sucedido, el terrible Nokunno, ese ser invisible que se presenta durante la noche para atropellar á los desgraciados cuyos fuegos están apagados, infaliblemente les hubiera causado la muerte.

Nguyolloman estaba sentado delante de su cabaña, sobre una alfombra de pieles de semivulpejas preparadas para su uso. Observaba atentamente los movimientos de algunos niños de la tribu que estaban activamente ocupados en recoger troncos y ramas secas colocándolas á su alcance á fin de que pudiera por sí mismo alimentar su hoguera. En cuanto anoecía, nadie se atrevía á acercarse á la choza del brujo, á menos que este horrible personaje le llamara.

Los dos blancos llegaron en breve á este sitio, donde se reunieron algunos ancianos en cuanto se apercibieron de la presencia de los recién venidos, que se habían librado de las mordeduras de los perros.

— ¡Y bien! Nguyolloman, dijo M. Powell, que conocía al tullido y le había mostrado alguna bondad; según veo todavía andais por aquí. ¿Cómo lo habeis pasado durante todo este tiempo?

— Bien, señor, contestó el negro, cuya pronunciación era muy pura. (Y sea dicho de paso, todos los naturales de Australia sobresalen en imitar el acento de las lenguas extranjeras, diferenciándose en esto de los negros de Africa. Pronuncian todas las palabras que retienen en la memoria tan pura y distintamente como si en su infancia se hubiesen educado en el país cuya lengua hablan.) Yo estoy perfectamente bien, pero la tribu está pobre; no hay ya ni kanguros ni *émus*; los blancos se lo han llevado todo, y los continuos combates entre los negros, que son muy crueles, han quitado mucho *beurre* (1). Los pobres negros Rufos lo pasan muy mal.

— Pero en los bosques de malley hay todavía muchos hanguros, Nguyolloman, y del Murray se pueden sacar gran cantidad de peces y cangrejos. Por todas partes se encuentran semivulpejas, pero los perros salvajes á que teneis tanto cariño, son en mi opinión, y siento tener que decirlo, demasiado numerosos.

— Pero ¿dónde están pues? contestó el tullido encogiéndose de hombros; vuestros grandes perros destinados á la caza de los kanguros los han ahuyentado todos al interior de los bosques. El pobre negro no puede encontrar ya nada, y vivimos solo de plantas carnosas y

(1) *Beurre* es nombre genérico que dan los negros á la grasa y con él designan tambien la grasa ó sebo de hombre, del cual todas las tribus despojan al vencido para frotarse el cuerpo. Esto lo practican á consecuencia de una superstición peligrosa y muy extendida, creyendo que por este medio pueden hacer pasar á ellos la fuerza de su enemigo derribado. A imitación de los Pielas-Rojas de la América del Norte, que desuellan la cabeza de sus enemigos para colocarse á la cintura este trofeo de su victoria, los negros de Australia se cuidan muy poco en averiguar si el enemigo está vivo ó muerto, cuando es cuestion para ellos de apoderarse de esta grasa, á la que dan un gran valor.



El pintor Goya á la edad de ochenta años, copia del retrato de Lopez de Valencia, existente en el Museo de Madrid.

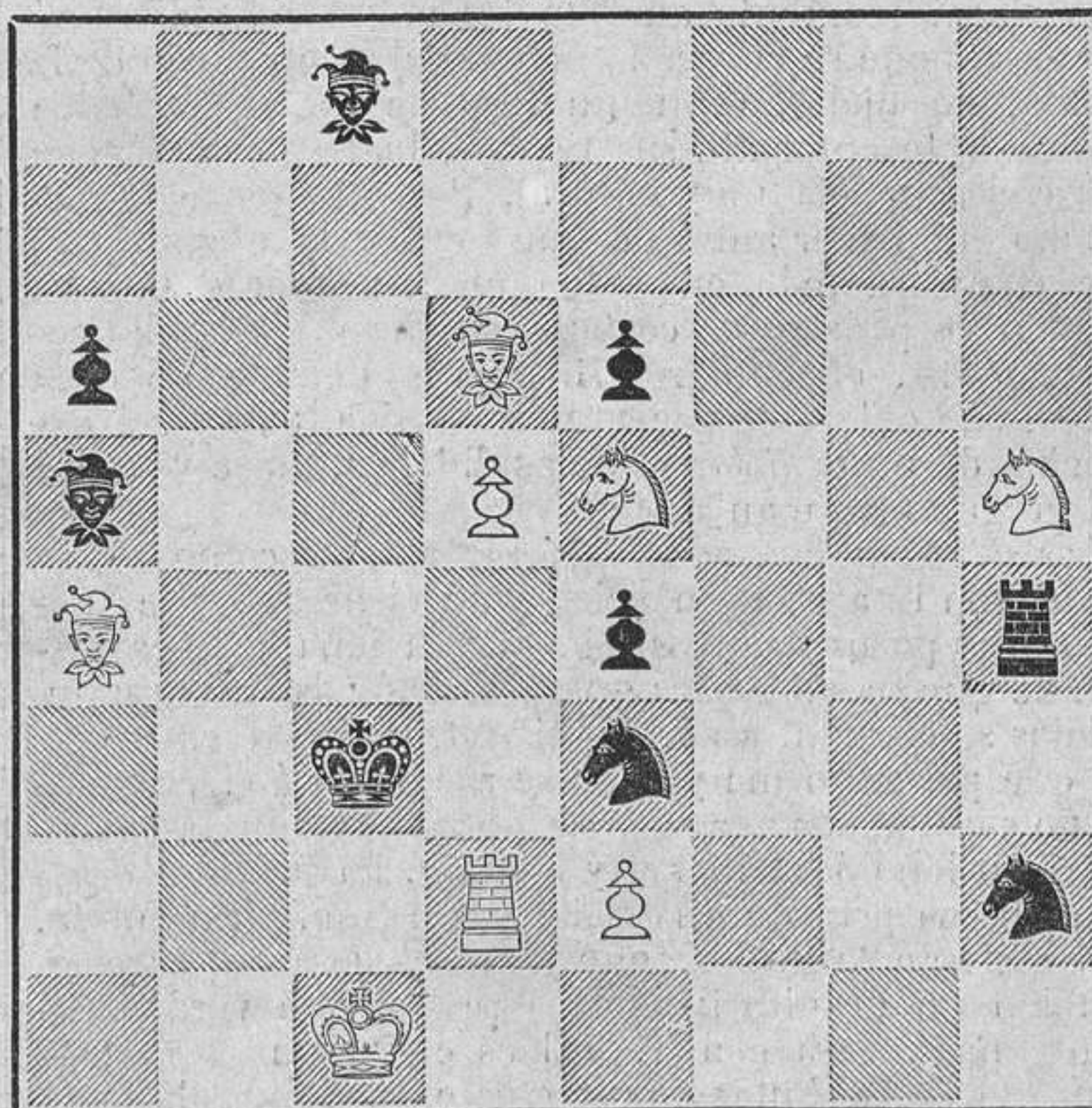
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 238.

- | | |
|------------------------|----------------|
| 1 P 4ª CRª | T 4ª ARª jaque |
| 2 P toma T | T 7ª TRª |
| 3 P 6ª ARª | A 2ª ARª |
| 4 P toma P | Cualquiera. |
| 5 P toma C jaque-mate. | |

PROBLEMA NÚMERO 239, POR M. H. A. STAVENUTER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cuatro jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables:

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografía de A. Marc, 22, rue de Verneuil.

gusanos; sufrimos los rigores del hambre, de una hambre cruel.

— ¡Pues bien! dijo M. Powell con acento benévolo, Nguyolloman no pasará ahora mas hambre; os he permitido acampar cerca de la granja, pero confío que durante vuestra corta permanencia aquí vos y los vuestros os portareis bien. Yo sé que Nguyolloman puede obligar á su tribu á que obre bien, puesto que ejerce gran poder sobre los negros.

Una sonrisa casi imperceptible vagó por los labios del tullido, el cual, sin levantar la cabeza, miró al hombre blanco por debajo de sus espesas cejas, y añadió con acento reprimido:

— ¿Nguyolloman no padecerá hambre?

— No, porque diré al administrador de mi granja que os haga entregar tres carneros y otros tantos *dampers* (1).

— ¡*Butsheri!* exclamó Nguyolloman con evidentesatisfacción, mientras sus ojos brillaban y movía la cabeza con aire de contento. ¡*Butsheri!* ninguna de vuestras lanzas atravesará de hoy mas el costado de vuestros carneros; mis camaradas no comerán mas ni vuestras ovejas ni vuestros caballos. Pero Nguyolloman aguarda los *dampers* que le habeis ofrecido.

Mac-Donald se sonrió.

El anciano usa un lenguaje resuelto, dijo M. Powell; se diría que procura para sí antes de pensar en los demás.

La vista de aquel medio esqueleto era verdaderamente horrorosa. La parte superior de su cuerpo era igual á la de un hombre lleno de fuerza y de vigor, su busto era el de un gigante, y no obstante, la parte inferior no ofrecía á los ojos mas que un repugnante armazon cubierto de piel; se hubiera dicho que era la de un hombre salido de la tumba.

(Se continuará.)

Goya.

El retrato de Goya, que publicamos en esta página, representa al célebre pintor español á la edad de ochenta años, y es una copia exacta del original de Lopez de Valencia, existente en el Museo de Madrid. Goya aparece aquí anciano, pero no envejecido, sólido aun, con la vista animada y el brazo musculoso, tal como murió en Burdeos, al cabo de una larga vida de trabajo y de aventuras.

En Francia se conocen poco las obras de Goya: el Museo del Louvre solo posee dos obras suyas, y hay tambien algunas aguas fuertes en las bibliotecas; pero esto, como decimos, no es bastante para que haya podido juzgarse de su talento. En España es muy diferente: rival de los maestros italianos en sus frescos de la iglesia de San Antonio de la Florida; pintor de género en la Alameda; filósofo y patriota por todas partes, Goya está considerado cual se merece como un hombre que sobresale en la masa. Añádase á esto que sus obras fueron muchas; y se tendrá una idea aproximada de este gran artista español, cuyo nombre es popular en su patria. Francisco Goya, discípulo de Luzan, imitador de Velazquez y Rembrandt y pintor de cámara, nació en 1746 y murió en 1828.

J. C.

(1) *Damper* es el nombre de unas tortas que hacen en Australia, que reemplazan al pan en las colonias. Las hacen con harina, agua y un poco de sal. Despues de mojada la harina se hace una masa fuerte, á la que se da entonces una forma plana, colocando unas tortas sobre otras despues de haberles quitado la ceniza. Si no hay hogar disponible, se pone el *damper* en la tierra donde ha ardidado una hoguera y se le cubre de ceniza caliente hasta que está cocido. Este alimento, como se puede imaginar, es muy indigesto; solo los negros se muestran muy aficionados á él.